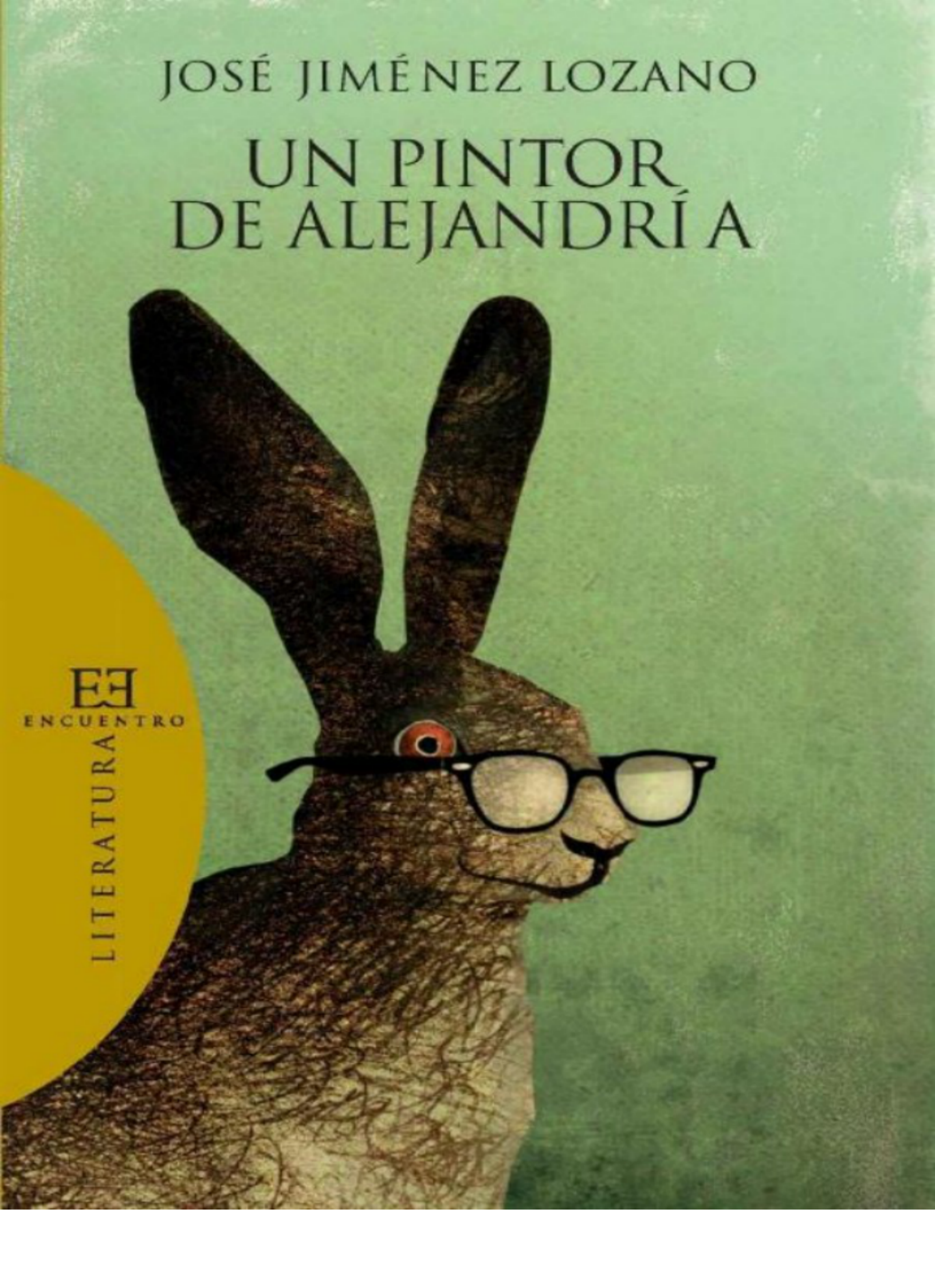

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO
UN PINTOR
DE ALEJANDRÍA
EE
ENCUENTRO
LITERATURA

Literatura
73

A los lectores

Esta colección está dirigida a aquellos lectores curiosos y atrevidos que anhelen encontrar una historia hermosa, un drama que revele algo de nosotros mismos o una percepción más aguda del misterio del hombre y del universo. Quien abre un libro espera que se le descubra algo más sobre el mundo y sobre su posición en él. De otro modo sería incomprensible que siguiésemos acercándonos a los libros, cuando la lectura es uno de los gestos del hombre más gratuitos e innecesarios. Como decía Flannery O'Connor, una buena pieza literaria lo es porque tras su lectura notamos que nos ha sucedido algo.

La colección Literatura de Ediciones Encuentro ofrece obras que permitan sentir con mayor urgencia el anhelo de un significado y la experiencia de la belleza. Textos en los que la razón se abre y el afecto se conmueve. Piezas teatrales, poemas, narraciones y ensayos en los que andar por otros mundos, abrazar otras vidas, espiar la hermosura de las cosas, y participar en la experiencia dramática que despierta un hecho escandaloso en la historia, el de Dios hecho hombre.

Guadalupe Arbona Abascal
Directora de la colección Literatura

José Jiménez Lozano

Un pintor de Alejandría

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-573-1



Diseño de la cubierta:
o3, s.l. —www.o3com.com

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10ª —28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

La edición de este libro quiere responder a la deuda de amor contraída con quien escribe las hermosuras del mundo, siente las heridas de sus historias y descubre la urdimbre de la vida.

A José Jiménez Lozano,
en su ochenta cumpleaños

«Decirse ha primero la ciudad, patria y linaje, ventura, desgracia y fortuna, su modo, manera y conversación, su trato, plática y fin, porque solamente gozará de este retrato quien todo lo leyere».

(Francisco Delicado, *La Lozana Andaluza*)

Las señales de los tiempos, y los efectos colaterales del Juicio Universal

Cuando los tiempos se echan a estropear se nota enseguida por inequívocas señales, y en estas tierras de Soria y Guadalajara, como no tienen adornos de ninguna clase, sino que a veces son puros serrijones con cuatro matas pequeñas, es como si los acontecimientos se anunciaran enseñando las uñas como los gatos o los tigres antes de atacar, según los pintores los pintan. Y a días se oían y veían tantas cosas que algunos decían que era al mismísimo Juicio Final al que parecía que se le veían las uñas.

Estaban entonces, un día, unas mujeres cosiendo al solillo en una solana y pasó un arriero con una recua de tres o cuatro animales, y se paró un momento junto a ellas para enterarse de qué pueblo se trataba, o bien para echar una parrafada después de a lo mejor un día entero de silencio o hablando solamente con su recua.

Le preguntaron las mujeres, como siempre hacen en todas partes:

—¿De dónde viene el buen hombre?

—De Zaragoza —contestó él.

—¿Y qué trae de noticias y mercaderías de Zaragoza?

—De mercadería, aceite, cera, miel, candelas, y jabón. Y las noticias malas son, porque allí queman por pensares.

—¿Cómo es que queman por pensares, y quiénes son los que tal hacen? —preguntó Don Absalón, el cura que acababa de llegar al pueblo, de vuelta de casi un día entero de caza con cuatro lebreles, y estaba en la solana hablando con las mujeres.

¿Es que hemos caído en la morisma otra vez? Desde Justiniano por lo menos, si no recuerdo yo mal mis Bolonias, nadie puede ser juzgado por sus pensares y sentires.

—Yo digo lo que he visto —dijo el trajinero—, y eso es lo que hacen los señores inquisidores.

—¿Y nadie pone pie en pared? —insistió el cura.

Pero a eso ya no respondió aquél, y Don Absalón se respondió, a sí mismo y en voz alta, que, como no pusiera él pie en pared en todos los aspectos, en su parroquia y jurisdicción, las cosas irían de mal en peor y de peor en mucho peor, y sobrevendría mucho más rápidamente y de toda necesidad el fin del mundo por el empeoramiento continuo de éste.

—Y el Día del Juicio Universal y sus efectos colaterales —añadió.

Nadie supo con certeza lo que quería decir esto, pero le vieron a Don Absalón como muy decidido a hacer algo sonado, aunque nadie tampoco adivinaba por dónde se saldría aquel hombre. Hasta que se supo que ese mismo día por la noche llamó, a su casa, a Juan de las Salinas que era un Bachiller por Osma y un Licenciado por París, y había ido en peregrinación a Canterbury, que era lo que había hecho olvidar a todo el mundo que el abuelo o bisabuelo de Juan de las Salinas había sido judío, y de los más importantes y antiguos, y tanto como que le llamaban de mote Juan de Esperaindeo, como se dice que se llamaba el zapatero que negó a Nuestro Señor que se apoyase en una pared de su casa, cuando iba con la cruz a cuestas. Pero no le molestaba nada a aquel su abuelo que se lo llamasen, porque decía que, efectivamente, él esperaba en Dios porque sólo faltaba que fuera a confiar en los hombres, ni en sí mismo siquiera, teniendo como tenía la amarga experiencia del gato escaldado. Pero que había que tener compasión y ayudar a quien lo necesitase, y esto, dijo Juan de las Salinas que sí lo hacía él; y todo el mundo sabía que, efectivamente, cargaba con los gastos del Concejo en la asistencia a alguna gente pobre, o que estuviera de paso o tuviera que ser acogida por los fríos. E iba igualmente a costear una parte de las pinturas de la iglesia, que, a comenzar por las que hubo en el atrio, estaban tan borradas que ni se sabía ya de lo que trataban, y había sido Aurelia Agripina, la consoladora de Medinaceli, que tenía unos ojos de lince, la que había adivinado en la pared algunos detalles como los de un plato con unos ojos maravillosos que debían de ser los de una Santa Lucía, y otro plato con otros pechos también maravillosos que debían de ser los de Santa Ágatha, y parecía que una mujer con un cántaro y otra con unas

espigas, y otra mujer también con un libro. Y también iba a costear un coro de niños y la educación latina de esos niños, porque eran una vergüenza los cánticos de la gente y el latín del sacristán. Y, si ya no pagaba el aceite de la lámpara del medio de la iglesia, Mosén Absalón le eximía de ello, porque sabía que pagaba el de la lámpara de la sinagoga del pueblo más grande de aquella tierra; y él mismo se lo encubría. Y, aunque confesaba Juan de las Salinas a Don Absalón que tenía miedo de que los señores inquisidores le llamaran falso converso y de que le chamuscaran, Don Absalón siempre le tranquilizaba, porque ya había visto muchas veces cómo hacía él de un bravo inquisidor, otro inquisidor manso. ¿Acaso no tenía los mejores torreznos, y los mejores gallos del reino que, cuando se los comían Sus Señorías, cambiaban las calificaciones y las sentencias? Pues entonces debía estar tranquilo, porque, además, el mismo Juan de las Salinas podía contar a los inquisidores su peregrinación a Canterbury, con todas sus historias, incluidas las más provocadoras que eran bien católicas y a ver qué tenían que decir de ellas, sin que ellos mismos, los señores inquisidores, no parecieran cátaros heresiarcas; o en todo caso no tuvieran que atenerse a las consecuencias de rechazar así como así la opinión de Don Absalón sobre este asunto, porque tenía escrito y medio acabado un libro sobre «Las historias del señor Guifrido de Chaucer comentadas y enmendadas a color más vivo», y eran la ortodoxia misma.

Pero todo iría por sus pasos contados, y lo primero que había que hacer era que Juan de las Salinas fuera a buscar al Oriente a un pintor de Alejandría, que era conocido suyo y tenía mucha fama, y lo trajese a estas tierras, costase lo que costase. Mientras tanto, se daban los últimos toques a la iglesia restaurando el tejado y los boquetes hechos en las paredes; y se quitaba el rollo o picota de delante de la iglesia, que sólo traía malos recuerdos; aunque no tan malos si se consideraba que en los últimos tiempos ya sólo servía a muchos mercaderes para extender su baratillo por las gradas y luego pregonarlo desde allí, o para atar a la picota y bien juntas, para que estuviesen silenciosas y hermanadas, a dos comadres que hubieran reñido, se hubieran motejado con palabras descompuestas y sin composición posible de tan bellacas que eran las palabras, y, por fin, hubieran llegado a las manos. Pero ya no se empleaba para nada más.

Los únicos que no faltaban de visita en lo alto, en los brazos del rollo, eran alguna urraca o algún cuervo, que siempre están observando la vida de la gente como para reírse de ella, y cotorreaban lo que no tenían que cotorrear. Pero ni falta hacía que los viese el pintor de Alejandría a quien iba a ir a buscar Juan de las Salinas, este año que tan buen negocio había tenido con la sal, y podía sentirse libre de



trabajos.

De los informes que tenían de Teón de Alejandría

Quien había hablado, podía decirse que a diario, a Don Absalón, de Teón de Alejandría había sido naturalmente Juan de las Salinas, que le había conocido, cuando estuvo por aquí pintando un Edén con una palmera en el centro de él, que acogía al mundo entero bajo sus brazos, y además tenía en su cogollo como un cajón para guardar libros y por eso era el árbol de la sabiduría.

—¿Y de qué eran esos libros, Juan de las Salinas, si puede saberse? —preguntó Don Absalón.

—Estaban escritos en lenguas antiquísimas, según me dijo Teón de Alejandría —contestó Juan de las Salinas.

Y que, como en el Edén siempre hace verano o primavera eternos, la gente no tenía que hacer nada, pues subían por una escalerilla hasta el cogollo de la palmera, tomaba de allí un libro, y luego a la sombra misma de la palmera hojeaba el libro para ver las pinturas que allí había, o leía un rato para sí o para los demás.

—¿Y quién la había dicho a ese Teón que en el Edén o Paraíso había libros? ¿Acaso te dijo para qué los necesitaban?

—Vuestra Merced tiene ojeriza al pintor, e incluso no quiso ir a verle pintar cuando estaba por aquí, y todo lo que le cuento de él me lo echa a mala parte o a beneficio de inventario. Pero yo he recibido más de mil cartas de recomendación de los lugares más apartados del mundo, asegurando a Vuestra Merced que, en esto de pintar iglesias, es el mejor pintor de la tierra entera y capaz de pintar lo más hermoso en la iglesia de nuestro pueblo.

Y entonces pasó Juan de las Salinas a darle cuenta, sin más, de lo que decían las cartas de recomendación principales, firmadas por los más altos y entendidos personajes; y la primera era del Archipatriarca de Constantinopla, que afirmaba que Teón era el primer pintor de iglesias jamás conocido, y también sabía manejar los mosaicos, y hasta el pico y la pala y la azada y la regadera, como había mostrado en su jardín de Alejandría, donde cultivaba toda la clase de rosas, y sobre todo blancas y azules.

—¿Y es que quiere el señor Archipatriarca —preguntó Don Absalón— que nos dediquemos también a cultivar rosas nosotros para las damas corruptas de la Corte de Roma como hacían los alejandrinos antiguos, que componían hasta versos o lo que fuera, con tal de no dar golpe?

—El señor Archipatriarca recomienda simplemente al célebre pintor Teón, y luego Vuestra Merced decide lo que le parezca.

—¿Y manda dineros el señor Archipatriarca o recomienda solamente de boquilla, que siempre es cosa de poco gasto?

Juan de Salinas dijo, entonces, que buena cosa era que recomendasen gentes tan altas, y por lo menos el pintor podría salir más barato.

Pero apenas si pudo terminar de decirlo, porque Don Absalón argumentó que más barato que lo que él pensaba no iba a salir de ninguna manera, porque se le pagaría lo que se acordase, ni menos ni más. Y lo único que había que preguntar, a quienes le recomendasen o al pintor mismo cuando se fuese a contratarle, era si tenía un paladar muy rico y hecho a placeres orientales, porque en este caso había que ponerle al corriente de que en estas tierras de Soria y Guadalajara todo lo que fuera más allá del puro jamón, y las natillas y tocinillos de cielo de postre, estaba excusado y tenido por una gula y lujuria extraordinarias.

—¿Lujuria? —preguntó extrañado Juan de las Salinas.

—Lujuria y grande, que yo sé bien lo que me digo y para eso hice mis estudios, y no voy ahora a andar dando explicaciones.

Así que Juan de las Salinas siguió leyendo recomendaciones de muchas iglesias y monasterios en los que Teón había pintado, y afirmaban toda la excelencia de su pintura; lo mismo decían también los mensajes de mujeres muy hermosas a las que aquél había hecho un retrato, y estaban muy contentas de cómo lo había hecho.

—Ésta es la mejor recomendación: la de las mujeres, y feas o hermosas

lo mismo da, porque nunca se encuentran como ellas querrían; pero, para un Juicio Final, no valen estos pareceres.

Y luego pasó Don Absalón a dar instrucciones exactas a Juan de las Salinas para que redactase el contrato con Teón de Alejandría, en vez de ir a buscarle hasta donde estuviese a tontas y a locas, para luego no llegar a nada. Y una cosa que debía quedar clara era el asunto del clima, porque éste era sumamente importante para que se secara la pintura, aclarando bien al pintor que por estos pagos de Soria y Guadalajara una pintura secaba más o menos en el tiempo que un bacalao, y en un poco más de tiempo que un jamón o una cecina, en años de tiempo seco. Y que entonces mejor era aprovechar el final del verano, pero ya quedaban advertidos todos los firmantes desde el principio.

Otra cláusula, en fin, exigía que el pintor era preferible que estuviera casado o estuviese decidido a permanecer célibe, sin andarse con andróminas de mantener uno o varios amoríos que eran la causa de que la atención no se pusiese en lo que tiene que ponerse, y, por traer a colación un ejemplo, se pasase el tiempo pintando corazoncitos o miradas lánguidas y de caras pasmadas, pudiendo repercutir estas mujeriles impresiones en la pintura del Juicio Final.

De manera que resultaron treinta y dos cláusulas con obligación de ser cumplidas por el pintor en el contrato que le iba a ofrecer Juan de las Salinas, mientras que no había más que una cláusula que debían cumplir Don Absalón y el Consejo de la Parroquia, que era la de pagar lo convenido al pintor y alimentarle bien, tomando como proporción, no el peso y la cantidad y calidad que se daba de comida a un cerdo para la matanza de hogaño, sino para que fuera fortaleciéndose, pero sin cebarse.

—¿Le parece a Vuestra Merced buena comparación la del pintor con un cerdo? ¡A lo mejor se ofende! —argumentó Juan de las Salinas.

—Ya querría yo ver si en Alejandría tienen tanto cuidado con un pintaiglesias como nosotros con un cerdo, que lo llevamos a bendecir y todo, con una corbata roja al cuello —contestó Don Absalón, sonriéndose.

Lo que había que hacer entonces era escribir el contrato tal y como se había hablado y luego enviarle con un propio hasta donde estuviese el pintor, y una vez que diese su conformidad luego iría Juan de Salinas a buscarle para traerle aquí.

Pero tal y como estaban sentados los dos, Don Absalón y Juan de las Salinas, en el despacho de la casa rectoral hablando sobre el asunto pacíficamente, rechinó al abrirse la puerta de la estancia, y ellos dos se levantaron a la vez mirando hacia aquélla, por donde entraba una mocita muy rubia, criada de Juan de las Salinas, con un servicio de huevos con jamón, y el amarillo de éstos brillaba como si el sol mismo hubiera entrado en aquella habitación de la casa en un día tan oscuro, que ya había amanecido como de mala gana y con asperidades y celliscas.

—Todo esto es como si lo hubiera traído un ángel —dijo Don Absalón — y nos hubiera hecho una revelación, porque ni al que asó la manteca se le podía haber ocurrido lo que a nosotros que habíamos pensado en mandar un mensajero con contratos como para consulta o elección del pintor. Lo suyo es ir y contratar directamente.

—En efecto —contestó Juan de las Salinas—. Pero ¿a quién mandamos a contratar?

Y allí comenzaron a salir nombres y más nombres, y Juan de las Salinas los fue anotando, hasta que Don Absalón consideró suficientemente larga la lista, y dijo que al final no valdría para nada porque había tenido otra idea, y lo que le parecía extraño era que Juan de las Salinas no hubiera pensado ya que nadie como él, que era quien había tratado al pintor cuando estuvo por aquí pintando lo de la Palmera del Edén, y ya lo había conocido cuando estuvo dando una vuelta más por los arrabales de esta tierra y del mundo.

Pero Juan de las Salinas se negó, al menos por el momento, sin antes poner en orden sus negocios para el tiempo que estuviera ausente, y sin saber el itinerario.

—Todas ésas son excusas, Juan de las Salinas, porque no es tan difícil ir a Alejandría y allí preguntar por Teón el pintaiglesias; y la cosa será tan normal y cotidiana como preguntar por Sócrates en Atenas o en Osma por la posada de la Belisaria, que hasta nombre de emperadora tiene.

Lo que tenía que hacer, sin más discusión ni tardanza, Juan de las Salinas era ir preparando el viaje, sin olvidarse de llevarse en el bolsillo unas castañas de Indias para no marearse.

El viaje de Juan de las Salinas

Y el caso era que Juan de las Salinas, que iba a viajar desde Berlanga, y el pintor etíope o alejandrino ya se habían conocido en una ocasión, como se ha dicho, cuando aquél había hecho sus peregrinaciones, y porque el pintor había estado cerca de Rello, hacía algunos años, pintando una capilla y un reloj de sol que tenía horas babilónicas. Pero, cuando Juan de las Salinas estuvo ahora preguntando por aquellos países orientales, en un lugar le decían que ya se había ido y en otro que no llegaría a lo mejor hasta muchos meses después; y otro día se encontraba con guerras y pestes o falta de indicaciones o de caminos para ir de un lugar a otro.

Y esto era lo que le sucedía una y otra vez, hasta que pudo encontrar a alguien que le entendiese en el castellano de la tierra de Soria o de Guadalajara, aunque casi dos semanas estuvo bien cerca de Alejandría pero no se atrevió a entrar, porque le daba la impresión de que era una ciudad que estaba ardiendo noche tras noche y, si de día no se veía ese incendio, se debía a que el sol era muy luminoso allí; pero no tenía duda de que por la noche Alejandría era puras llamas, y ya estaba a punto de volverse a Berlanga fracasado y lleno de tristeza, cuando se encontró nada menos que a un comerciante que sabía varias lenguas, o sea una de las cinco que sabían de ordinario todos los comerciantes y ésta lengua, que él sabía y otros no, era el castellano; y este mercader había hecho un viaje a Illescas y a Toledo como negociante de bonetería y plata; procedía de Egipto, pero le llamaban «El Sirio», y su nombre griego era el de Yorgos Cantacuceno, y tenía una tienda en Alejandría. Y él fue quien le dijo, a Juan de las Salinas, que lo que ocurría no era que la ciudad estuviese ardiendo, o que estuvieran quemando los rastrojos como se hacía en las Castillas, sino que se fijase bien en que había luna y que, como los edificios y muchas calles mismas eran de mármol, desde lejos parecía que ardía la ciudad, pero no era así, sino que se producía una tan excelente luz

que hacía que las gentes pudieran trabajar en sus oficios a las puertas de la calle o del taller, y muchos también leían, y bordaban las mujeres y los orífices grababan el oro y la plata. Pero que esto no era nada comparado con las minas de sal de allí cerca de la ciudad, donde vería aquella maravilla de un lago hecho como de hielo blanco y carmesí, en medio del cual había como estanques y arroyos de agua azul o del color enrojecido como el de una mejilla avergonzada o el de una rosa pálida. Y, por efecto de la luz, como ocurre en el desierto con los espejismos, según dicen, si un ave grande, como cigüeña, garza o grulla, se pusiera sobre un trozo alargado de ese hielo, parecería no un marinero, sino un ángel de luz navegando en un barco de cristal o de espuma. Y nadie diría que no era así.

Y vio Juan de las Salinas qué maravilla era aquello verdaderamente, y dijo que él también tenía salinas, pero que, si fueran como éstas de Natrum, no habría mayor belleza en el mundo, y no necesitaría él haber ido hasta allí a buscar al mejor pintor de iglesias que existía para pintar la iglesia de su pueblo, y que el pintor se llamaba Teón de Alejandría. Y, en cuanto Juan de las Salinas dijo este nombre, pareció como que sí que le sonaba algo al mercader que había estado en Illescas y en Toledo el tal Teón, pintor o filósofo; pero no le conocía ni tampoco le conocían los otros comerciantes ni otras gentes de otros oficios a los que preguntaron; y esto era porque, según el mercader le explicó a Juan de las Salinas, no podía pensarse que allí, en Alejandría, preguntar por un pintaiglesias era por ejemplo como preguntar por Cleopatra o por la Helena de Troya, que, muertas estaban desde siglos, pero su hermosura todavía resplandecía en el mundo como la sal de las minas de Natrum.

Y ya casi estaba otra vez desesperado Juan de las Salinas de encontrar a Teón, cuando un día, dando vueltas por la ciudad y yendo y viniendo de aquellas maravillosas salinas, vio a dos monjes que salían de una iglesia en lo alto de un otero o alcor muy suave, hablando como muy contentos y accionando como de haber acabado de ver algo muy hermoso, y uno de ellos movía su mano como si estuviera haciendo dibujos imaginativos en el aire, mientras se paraban y volvían la vista hacia atrás continuamente; así que, en cuanto los perdió de vista, entró en la iglesia, y vio que esta iglesia tenía otra iglesia dentro, y ésta una tercera iglesia, y allí estaba un pintor subido a un andamio y pintando una bóveda o cúpula, y abajo, con los ojos clavados en lo que el pintor estaba haciendo, había un mozo con un paraguas abierto. Y, nada más poner los pies en aquella capilla o iglesia de más adentro y ver allí al mozo con el paraguas, le preguntó por el pintor Teón, pero el mozo le contestó con una voz imperativa, y disponiéndose a sacar de su vaina una daga, que no diera un paso

más, y que debía marcharse de allí inmediatamente. Pero el pintor había oído el tono amistoso de aquella voz que por él había preguntado, y le pareció que era la del castellano de la España al que ya conocía desde los tiempos en que se encontraron en los países del frío y luego de cuando estaba haciendo la pintura que él mismo había hecho en aquella ermitilla cerca de un pueblo que se llama Rello y tenía una muralla como Constantinopla, y dijo al mozo:

—Tú estás ahí de guardia contra las sierpes y los escorpiones, o los que mastican oro y perlas, o la carne y el alma de la gente, ya deshuesada y enlatada. Pero éste es un viajero de Castilla que he conocido allí. ¡Ni te muevas para estorbarle el paso!

Y añadió que era seguro que venía a proponerle a pintar en aquella tierra otra palmera datilera o manzano de manzanas de oro, o árbol del Paraíso, que habitan gusanos tejedores para hacer la seda allí mismo de los vestidos de los ángeles que allí están de servicio, y esos gusanos tejedores son luminosos, como las luciérnagas, pero incluso se ven a la luz del sol y dan su brillo a los colores y a las sedas. Así que no sólo le dejase entrar, sino que le invitase a hacerlo, le diese una silla y el paraguas para protegerse de la pintura que pudiera caer de la cúpula que estaba pintando, y que se pusiese a buscar el muestrario de nuevos colores que se habían inventado para que el visitante escogiese, cuando llegasen a un acuerdo en lo que tenía que pintar precisamente.

—Jaire, Teón! ¡Dios te salve y sé feliz, Teón de Alejandría! —dijo Juan de las Salinas.

—Jaire, jaire! —respondió Teón el pintor, mientras bajaba ya del andamio.

Y luego, cuando vio que el mozo iba a cerrar el paraguas, le ordenó que no lo hiciera, porque en un paraguas azul oscuro como aquél, con tantas gotas de pinturas de otros muchos colores, visto a lo lejos, y desde arriba del andamio, daba la impresión de que la primavera estaba allí abajo, o que la llevaba consigo quien tuviera el paraguas. Pero todavía no estaba bien seco, y cuando se secase se lo iba a regalar, porque él, su ayudante, era un inocente, y nadie le había regalado nada en su vida, ni siquiera una gota de pintura, aunque le gustaba tanto. Y, en cualquier caso, podía venderlo, si no le gustaba, como obra modernista y subversiva, porque ahora por esos mundos se pagaban mucho más los desperdicios y desechos que las obras bien dibujadas y pintadas.

—Normal, Maestro Teón. Los años que no hay espigas con grano lo que vale es la paja. Siempre ha sido así —dijo Juan de las Salinas—. Pero ¿qué es lo que pintáis ahora, Maestro?

—Estoy pintando el Arca de Noé, el día de la víspera de la salida de él.

—Yo querría que nos pintaseis el Paraíso —dijo Juan de las Salinas.

—No, no pienso pintar más Paraísos Terrenales, porque el asunto tiene muchos inconvenientes, y el primero es que el Paraíso se estropeó enseguida bastante, y se estropea también cada vez que se quiere pintar, y hasta las figuras de los animales y las plantas quedaron resabiadas, y ya no salen como la primera vez. Porque, después de perdida la inocencia del Paraíso, ¿cómo vamos a ver seres inocentes, ni siquiera con la imaginación, si no hemos visto en este mundo ninguno jamás nunca?

—Para eso sois pintor —repuso Juan de las Salinas—. Para adivinarlo e inventarlo.

Pero el caso era que aceptara el encargo, porque, si no se pintaba el Paraíso, ya se pintaría la entrada o salida del Arca de Noé, o ya se vería qué otra historia; y lo que se decidió fue que ya se encontrarían en España, aunque Juan de las Salinas insistía en que en Castilla hacía mucho frío y lo que tenía que pintarse era un Paraíso bien calentito como mayo, con camellos, liebres, toros e ibis y elefantes inocentes, y las damas y los jinetes de la Corte, vestidos como vestían los Reyes Magos.

—Si, pero ¡a ver dónde voy yo a buscar modelos!, porque hombres y mujeres inocentes no hay, y, en cuanto dejan de ser niños, ya no se les ve el alma por los ojos. Porque, con la edad, no digo yo nada los callos y las dobleces que vamos echando y tenemos.

Hizo un pequeño silencio, y añadió luego:

—Aunque haya algún inocente de vez en cuando, claro está.

Y entonces Juan de las Salinas se acordó de repente de que le habían dicho que así le asomaba el alma a los ojos a un antepasado suyo, que le dijeron en Rello que estaba pintado en una iglesia de un pueblo cercano de allí, y representado como un judío que vendía aceites y jabones para el alma y para el cuerpo.

—No he oído yo nunca cómo se llamaba este abuelo, ni que tuviera un oficio tan bonito y estuviese pintado en una iglesia —contestó él al

hombre viejo que se lo había dicho.

Y éste dijo:

—Es que hace siglos que todo lo bueno ha debido de borrarse con las maldades de los tiempos.

Y le convenció a Juan de las Salinas; y tanto que desde entonces, desde que le dijo tal cosa aquel hombre de Rello que le vendió la mula coja, asegurándole que era más segura y fiel que otras mulas que no estaban cojas, y luego quedó bien comprobado que no le engañó; desde entonces exactamente había comenzado Juan de las Salinas a hurgar en la historia de sus abuelos antiguos, a comenzar por aquel trasabuelo suyo que había sido notario, y se llamaba Don Jaco Bienveniste y luego se mudó a Don Yago Centeno por razones de las mudanzas que hay que hacer a veces en la vida, y así sucedió después de que cayó Constantinopla, la Magnífica. Y no hacía tanto tiempo verdaderamente.

Todavía recordaba, en efecto, la gente que Don Yago Centeno era un «notario de palabras», en vez de notario de actas y papeles; de manera que la gente le decía las cosas, y él colocaba las palabras y los números exactos que le decían en los vasares de su memoria, o se los encomendaba a algún personaje de la Biblia, diciendo a los contratantes de una casa por ejemplo:

—Ya sabéis que esto lo habéis acordado delante de Moisés o Sara, Jeremías o el mismo Salomón, y que lo tienen en su vasares o arcas bien guardado. No vengáis luego diciendo y conviniendo lo que no habéis dicho ni convenido. A éstos no los engañáis, y a lo mejor hasta pueden levantarse de la sepultura a dar su testimonio, si la justicia lo demanda. ¡Quién sabe! ¿Y quién se atrevería a mentir entonces?

El árbol genealógico

Parecía, sin embargo, que, según lo que se sabía de la familia, al principio de toda ella había habido un Don Jaco el de los Peces, que vendía peces y tencas de río muy sabrosas. Y este Don Jaco tuvo un hijo que fue médico y cirujano muy sabio y hábil en su ciencia, e hizo dos entabladuras muy famosas, la una a un arcipreste correlindes y canzonetista, a quien, durante una plática amorosa y muy discreta con una moza pastora de Guadalajara, ésta le había retorcido un brazo, dejándosele como si fuera un cuatro o un cinco de las cifras árabes, y así había estado penando con él por las calles de Guadalajara y Pastrana que fueron las de sus mismas aventuras amorosas. Y la otra entabladura que hizo fue a una cigüeña que había habido en la torre de la iglesia de Berlanga de Duero, que llevaba y traía recados y servía como un correo ultramarino entre esta Berlanga y un obispo aquí nacido que estaba en la Isla de los Galápagos, en las Indias Occidentales, y había traído también los primeros tomates que se vieron en la Europa y en el mundo entero; y las gentes de Berlanga, cuando oían el ruido del crótalo de la cigüeñas, en vez de decir que la cigüeña estaba machacando el ajo antes de comer, decían que estaba majando los tomates con el ajo. Y los primeros tomates utilizados en la España entera lo fueron por prescripción del médico, hijo de don Yaco el de los Peces. Y mostraron que no sólo contenían mucha alegría para vivir estas frutas llamadas tomates, sino que también curaban muchas enfermedades, y evitaban otras. Y enseguida se vio cómo esos tomates eran también predilectos para los pájaros en general y para las gallinas en particular, y se decía que hasta las había despertado su inteligencia natural y habían evolucionado hacia la filosofía o las lenguas antiguas, y los gallos especialmente habían tratado y seguían tratando de imitar la llamada sagrada del sofár de la Pascua, cuando cantaban a la aurora, especialmente los días singulares en los que ésta no parecía tanto que mostrara sus dedos sonrosados sino sus manos rojas de sangre o su rostro lleno de vergüenza, porque en algún lugar

del mundo ya no se despertaba la piedad.

Pero este Don Yaco físico murió viejísimo e hizo muchas más curaciones y entablillados más famosos que aquéllos de los que se ha hablado; y su hijo y sus nietos hasta muchas generaciones después fueron físicos y entablilladores de miembros rotos o inservibles, y sobre todo apoticarios, y también había habido una su parienta, aunque el parentesco ya le corrían los galgos, que se llamaba Doña Beatriz Paleóloga, porque de la tierra bizantina y de Medinaceli eran sus padres. Había vivido muchos años en Constantinopla, y de allí había traído fascinantes perfumes y telas, y también joyas maravillosas, y había puesto tienda de ellas en Berlanga mismo, aunque salía igualmente a venderlas por los pueblos con tres criadas, «en el Carro de Salomón» que se lo habían construido en Constantinopla, y lo había pintado un pintor de iconos; y, como ya se sabe, los iconos tienen de fondo un pan de oro y luego también estaba el oro de los rayos o inocopias que salen de los personajes sagrados pintados en el cuadro, de manera que lo que ocurría era que, en medio del sol mismo, relucía el Carro de Salomón o de Doña Beatriz como si fuera el mismo sol que se hubiera duplicado, y en los días grises o por las noches, con las cuatro candilejas que llevaba encendidas el mismo carro, era como si estuviera amaneciendo, o hubiera un incendio por donde pasaba.

El carro tenía pintadas escenas de algunos santos muy antiguos, y escenas de la vida de los Emperadores romanos y constantinopolitanos y también de las Emperatrices Teodora y Helena, y otras princesas de los Paleólogos, los Láscaris y los Comnenos Y, cuando la preguntaban a Doña Beatriz qué significaban esos nombres, contestaba:

—Era gente muy sencilla y de muy llano trato, en cuanto se quitaban aquellos mantos cuajados de piedras preciosas y sus zapatos de oro y cristal. Como cuando la mujer del Regidor de Sigüenza, que es prima mía, se quita los botines y se pone las zapatillas, por ejemplo.

Y la gente no podía creérselo, pero ¿acaso no era aquella misma que les estaba hablando una Paleóloga? Aunque todo el mundo sabía que los árboles de las genealogías tenían muchas estancias y cartelas muy enrevesadas e increíbles, pero no por eso menos verdaderas, y otras veces tenían podas muy dolorosas, y también estaban a punto de secarse o incluso se secaban desde el tronco, y era muy complicado e inseguro llegar a cualquier conclusión.

Era mejor dejarlo, y que nadie recordase esa clase de árboles de las familias hacia arriba o hacia atrás de los que tan fácil era hacer leña.

Y todo el mundo sabía, además, que él, Juan de las Salinas, no era mal hombre, y con esto era suficiente; y por lo que se refería al pintor que se había contratado para pintar lo que tenía que pintarse en aquella iglesia antigua que había estado tanto tiempo descuidada, y cuyas pinturas apenas si eran reconocibles, a él y a todos los demás, les daba igual exactamente que fuese etíope, kalmuco o nubio. Pero de todos modos lo primero que había que averiguar sin decírselo a nadie, y sin que nadie se enterase, salvo Don Absalón, era cuándo y de qué manera las estrellas serían favorables a la obra de pintura, y entonces se determinó Juan de las Salinas a mandar un propio a Don Abraham Zacut, que se alegró mucho de tener noticias de él, y entregó al propio que había mandado un papel con las noticias necesarias para comenzar a pintar y continuar pintando con buena estrella.

En cuanto lo recibió, Juan de las Salinas fue a mostrárselo rápidamente a Don Absalón que estaba en su huerto leyendo un tratado de apicultura, en el que se decía que había un santón árabe muy habilidoso que hacía abejas de cristal y con un artificio de plata las hacía revolotear y hacer todo lo demás que las abejas hacen.

—¿Será posible? —dijo Juan de las Salinas.

—Y tan posible, como que este santón, que había sido hortelano muchísimos años, había tenido mucho tiempo de observar a las abejas, y así podía hacer como copias mecánicas de ellas, aunque estas abejas tenían, según decía el libro, un rostro muy hermoso pero encubierto, y no tenían aguijón ni voluntad de tenerlo. El único inconveniente que podría observarse en ellas era que la elaboración de la cera y la miel que hacían necesitaba plazos muy largos de veinte o treinta años, aunque luego era tal la cantidad producida que había dulzura y luz como para bastante más de un siglo.

Juan de las Salinas contestó que, de haberlo sabido antes, le hubiera preguntado a Don Abraham Zacut lo que pensaba también de este asunto, y, a seguido comenzó a leer a Don Absalón la contestación que Don Zacut le había dado sobre el comienzo de las pinturas en la iglesia bajo buenas estrellas. De manera que desplegó un papel escrito y también dibujado con soles y lunas y signos zodiacales en rojo, en negro y en azul, que llevaba en una bolsa de color verde oscuro, y comenzó a leer:

«Las estrellas fijas son de gran poder y fuerza y conviene hacer raíz de las mismas, cuando la luna está en conjunción con ellas y otros planetas para los nacimientos, los movimientos del aire y de las enfermedades». Y luego aclaraba que estas estrellas no estaban en el

zodiaco excepto *Cor leonis*, y luego comenzaba a hablar de ellas nombrándolas como *«Fin del río, Cabeza dalgol que quiere decir diablo, La mano que lleva el algol infortuna, las Plides, Pléyades o Cabrillas, Aldebarán, Ayut, Thabor, Algumeza o Can menor, Cor leonis, la Cola del León, Espiga alagel o mano de Virgo, Alramed, Alcalaph, el Buitre cayente, el Buitre volante, la Cabeza del caballo, la Cola de la gallina, la Boca del pece»*, y luego venían explicados sus lugares o casas y el poder de su luz y declinación, y Don Absalón mismo leyó que la «Cola de la gallina» era «44 grados septentrional. Pasa por el mediocielo con 5 grados de Acuario, por el ascendente, con 24 de Escorpión, por el occidente con 5 de Aries. De la complexión de Venus y Mercurio».

—¡Pues sí que nos hemos enterado, Juan de las Salinas! Y si volvemos a preguntar a Don Zacut, vamos a añadir tiniebla a oscuridad. ¡Dejémonos de astrologías que ya tenemos bastante con encontrar los dineros necesarios para nuestra obra!

Y luego añadió que, si era tan complicado como lo que, según decía Don Abraham Zacut, ocurría con «la Cola de la gallina» no dejaría de suceder que, por muy estrella que fuera, tendría unas cuantas plumas resplandecientes y nada más, pero sólo Dios sabía cómo sería el laberinto donde tendrían que entrar, si se ponían a averiguar los asuntos de Aldebarán el Ojo del Toro, que parecía estar ensangrentado y mirar con la ira de Dios, cuando vio que este mundo era un desastre. Y que cómo estaría de irritado que dijo que se arrepentía de haber hecho un mundo tan hermoso para un hombre tan perverso.

—Pero lo cierto es que lo que ahora necesitamos es que haga un buen tiempo frío, con días soleados y con noches de las que curan la matanza y los bacalaos, y entonces bien secarán también las pinturas. No hay que meterse en más dibujos de las estrellas o planetas —concluyó Don Absalón.

Luego, guardó un momento de silencio y a seguido preguntó Don Absalón a Juan de las Salinas.

—¿No habrás pagado ni media blanca por estas informaciones a Don Abraham Zacuto, verdad?

—No, no. No ha querido cobrar.

—Ya es raro —dijo don Abdón— que un estrellero astrónomo judío no cobre. No me lo puedo creer.

—Pues créaselo, porque así ha sido. Un puro regalo, aunque no le quepa en la cabeza.

Don Absalón contestó que a él le cabían muchas cosas en la cabeza, y tenía sitio para otras más, aunque fuesen tan llamativas como la extrañeza que le había contado Juan de las Salinas y que ya comprobaría más adelante; pero que ahora lo que había que hacer era que el pintor apresurase su venida y se pusiera a trabajar, y no había que hablarle para nada de las estrellas, no sucediese que, como era alejandrino, también resultase estrellero y se pusiera a hacer cálculos inservibles con los candiles de los cielos, como si fuese él quien los hubiera encendido y los mantuviese ardiendo por los siglos.

—Porque, prevenir por prevenir, ya me gustaría a mí consultar también a la consoladora y adivina de Medinaceli, que vive más cerca que Don Zacut, y en las adivinaciones se equivoca mucho menos que todos los estrelleros juntos, y consuela con sólo mirarte a los ojos, o poner su mano en tu hombro —dijo Don Absalón.

Esta consoladora de Medinaceli, «lozana, doñeguil, plazentera y fermosa», como se decía de ella en cantares que ya andaban escritos, no tenía nada que ver, y ni se hablaba siquiera. con las brujas de las que decía la gente que se reunían en los Altos de Barahona. Ni pasaba siquiera ella por aquellos lugares tan ventosos y solitarios, y no porque pensara que aquellas mujeres eran malvadas, sino unas cuantas pobres viejas infelices, a las que las gentes se imaginaban volando con la escoba con la que tenían que barrer su casa, y que curaban diciendo ensalmos.

Ella, la consoladora, siempre había vivido junto al arco romano de Medinaceli, en una casa con dos balcones con flores maravillosas aunque fuera en el invierno, y con un huerto donde cultivaba las hierbas sanadoras o hermoseadoras; y mucha gente la llamaba «la Romana» por lo del arco debajo del cual se ponía a veces a coser o a leer o a tomar el sol, y allí mismo recibía muchas consultas, aunque tenía para recibir una salita muy soleada y con su estrado, sus arquetillas y sus cojines de sentarse y echarse. Su nombre era el de Aurelia Agripina y tenía una urraca domesticada, que la habían traído de la Etiopía, y llevaba una manchita roja en la garganta como las golondrinas y una cola con algunas plumas de color azulado oscuro, y era la que la hacía los encargos o la llevaba los mensajes que no podía encomendar a nadie, y la traía informaciones, además.

Y no sólo las de la contestación a los mensajes que ella la encomendaba, sino las noticias de todo lo que oía y veía en las muchas paradas que hacía en el viaje, porque esta urraca era un pájaro más decidido que una paloma mensajera, y también más preguntón y curioso, y muy cumplido de suyo. Y así puede ponerse

por caso que a Don Absalón le trataba siempre con el título de «señor arcediano» y «monseñor» o con títulos más altos aún.

Pero Aurelia Agripina, la consoladora de Medinaceli, se había retirado hacía un tiempo del ejercicio de sus adivinaciones y ensalmos o fabricadora de jarabes y emplastos de hierbas, porque la pobre urraca de Etiopía había sido muerta o secuestrada en uno de sus viajes, y ella estaba inconsolable; y, además, porque con la edad se había desengañado de muchas fórmulas científicas y pócimas curativas que ahora consideraba ineficaces, y lo que perjudicaba la belladona que ponía los ojos tan oscuros, brillantes y hermosos, si no se tenía mucho cuidado con ella, porque, si era mucha dosis la de la untura corporal, podía producir la sensación de volar, y así de estar un día aquí y otro día allí, y una noche acá y otra allá; volando sobre Roma o sobre Constantinopla; y ella no quería que la trastornasen la cabeza esas visiones, ni tampoco andarse mezclando en los amores y desamores de quienes iban a preguntarla o la requerían un filtro o yerbas para enamorar o para aborrecer, y otros encantamientos que abrieran como ventanillas en el corazón y el ánima y la carne de los amadores o desamadores.

Hacía ya tiempo que decía, a quien quisiera escucharla, que todo lo que se quería saber sobre nosotros o los demás y sobre el mundo entero, con el sol, la luna y las estrellas, se vería en el Último Juicio sin tapaderas ni simulaciones, y a un sol esplendente como el del mediodía. Y gratis, por más señas, que no era la cosa menos importante, ni apreciable.

Y esto fue lo que respondió a Don Absalón, quien un día se hizo el encontradizo con ella en los soportales de Berlanga, y la contó lo de la pintura que se iba a hacer en la iglesia. Y entonces también le dijo ella:

—No se podrían emplear mejor los dineros que en ese asunto del Juicio del que me está hablando, que arreglará todo este mundo tan descompuesto y viejo.

—¡Y tan hermoso! ¿O es que ya se te ha atragantado el mundo como a los moralistas? Porque buena tajada le has sacado tú a este mundo, ¿no, Aurelia Agripina?

Entonces a Aurelia Agripina se le hicieron más grandes los ojos y luego se la nublaron y dijo:

—¡Guay, guay de mí, Don Absalón, que este invierno me rompieron la

mitad de mi cántaro y me rompieron el alma, porque era el cántaro que los dos sabemos que él me regaló, y de donde yo bebía el agua que Dios me daba!

—¡Guay, guay por este mundo, que es bueno y traicionero! —dijo Don Absalón—. Ya sabes que los cántaros se rompen y las llaves de la casa y del alma se pierden, y todos tenemos sofocos de agosto y arrecidas de enero.

—Como que yo ni podía rebullirme ni en el cuerpo ni en el alma para ir a buscarlo porque no sabía adónde hasta que me decidí a pasar por una cacharrera, adobera y tejera, pero sobre todo tinajera y hacedora de cántaros, y me eché a andar por esos mundos. Porque hasta que no se pierden, no se sabe lo que vale un alma y lo que vale un cántaro.

Y, así hablando, comenzaron a pasear de arriba abajo y de abajo arriba bajo los soportales de Berlanga, sobre los que caía un sol de fuego y de justicia aunque sólo estaba comenzando la mañana; pero los soportales estaban bien regados y fresquitos, como los cántaros cuando rezuman que el sólo verlos era ya un consuelo.

En busca del cántaro roto

El caso era que lo que había hablado con él entonces —le decía ahora a Don Absalón— había hecho que se la disiparan todas sus dudas a Aurelia Agripina, y la había dado todas sus fuerzas; de manera que se había dado prisa a dejar bien limpia y ordenada su casa y a dejar encargada a una amiga suya la atención de ella, y un día madrugó con la estrella de la mañana, y después de atravesar dos o tres pueblos pequeños en los que la gente todavía no se había levantado, porque las mañanitas de abril son buenas de dormir en cualquier parte del mundo en general, pero especialmente de esta tierra, llegó a otro pueblo más grande que tenía un tejar y le dio en la nariz que el ladrón del cántaro podía haber entrado allí, porque las tejas también eran barros y a veces se ha escrito o pintado alguna cosa en ellas, como había oído que también se ponían otras inscripciones en un ánfora o tinaja, orza, olla o puchero, en los que también se podía recoger agua.

Pero también se decía que «en abril aguas mil» y, sin embargo, hacía una mañana como si se acabara de estrenar el mundo y todo estuviera nuevecito y recién pintado, o como un jardín recién regado después de mucho días de canícula; y encontró un par de perdices que atravesaban el camino e iban bien estiradas y presumidas, luciendo su vestido de mil ojos y sus medias de seda roja, y parecía que llevaban mucha prisa, mientras que un par de gazapillos que vio después iban bien despacito y como comentando sus cosas entre ellos.

—Misterios de las mañanas frescas con las sombras azules. Estos son unos gazapos muy jóvenes y muy curiosos —la dijo uno de los dos tejeros que ya estaban trabajando—. Hace días que no nos quitan ojo. ¡Vete a saber lo que están tramando!

Luego, de repente, salió Eureko, el perro que guardaba el tejar, y ya sabían todos los que le conocían que le gustaba enseñar todos los dientes porque los tenía muy blancos y parecía que lo sabía, pero era

pacífico e inofensivo con los amigos, y ella no debía tener miedo. Aunque hacía unos días se había enfrentado a un individuo que traía de la mano como la mitad de un cántaro que alzaba como una amenaza y, como a Eureko no le agradó nada el gesto, hubo que llamarle la atención para que no se echase encima de aquel sujeto.

—Pues ése es seguramente el trozo de cántaro que yo ando buscando —dijo Aurelia Agripina

—Pues esto ha sido una tarde de la semana pasada, y ese individuo se dirigía a Sigüenza, dando una vuelta por la judería de Almazán a ver si hacía negocio, según dijo: de manera que quizás le pille. ¡Pregunte en la posada!

Y la posadera la dijo a Aurelia Agripina que, si lo que buscaba no era a aquel zascandil, sino el trozo de cántaro que llevaba, ya se podía despedir de éste, porque lo que había pasado había sido que aquel sujeto había estado dos días en la posada, pero luego no quiso pagarlos, y ella cogió aquel trozo de cántaro y lo estampilló contra el suelo, y él dijo entonces que si hubiera sido el cántaro escrito de verdad, que era un barro que iba a vender por un buen puñado de dineros, la hubiera matado, pero que como no era el verdadero trozo de barro que valía tanto, que fuese a cobrar al dueño o dueña de lo que quedaba de aquel cántaro, si se los encontraba.

Pero ella, Aurelia Agripina, no sabía si creer o no a la posadera, porque en el tejar le habían dicho que aquel sujeto había pedido unas tablas y paja para embalar aquel trozo de cántaro y dejarlo depositado en la Casa Concejo de aquel pueblo, y el regidor dijo que era verdad, pero que había firmado un papel ante un escribano acerca de que lo que había entre aquellas tablas y paja donde estaba guardado el barro no se podía ver hasta dentro de veinticinco años. Y aquel regidor llevó a Aurelia Agripina para mostrarla el paquete y se convenciera, y comprobara lo que decía la escritura que había atada a él cuando el escribano la firmó. Pero lo que ocurrió fue que ni había paquete ni escritura ni nada, porque, como aquel individuo se había negado a pagar al escribano, éste había cogido aquel envuelto de las tablas y la paja y las había pateado hasta que había sonado a roto lo que había allí dentro.

Pero no podía ser así, argumentó entonces Aurelia Agripina con la mínima lógica aristotélica, ya que la dueña de la posada decía que el trozo de cántaro lo había roto ella, porque aquel sujeto no había pagado la posada. Pero los tejeros dijeron que había que llegar a un acuerdo y que poco trabajo les costaba decir, a la dueña de la posada

y al escribano, que les parecía que el cántaro se había roto las dos veces o ninguna de las dos veces; y, como les pareció bien a todos este arreglo o solución del asunto, se pusieron de acuerdo. Aunque no se sacó nada en limpio en cuanto a cómo y dónde podría buscarse el dinero para pagar a la posadera y al escribano que era el asunto objetivamente indiscutible y nada opinativo, según dijo un boticario que hacía de hombre bueno; pero se iba alargando y alargando el asunto y ella, Aurelia Agripina, se determinó a seguir su ruta.

Tenía bien hecha la lista de los lugares por donde había ido aquel sujeto con el trozo de cántaro roto, y algunas gentes la informaron de que incluso lo había llevado consigo cuando había ido a proveer a sus necesidades, porque no quería soltar el barro ni en ese momento siquiera, y ella debía proseguir por el camino marcado. Porque el mapa que le habían dado y las apuntaciones que ella misma había puesto en él eran tan pormenorizados, que indicaban, si llegaba el caso, que aquel sujeto al salir del pueblo torció a la izquierda y luego otra vez a la izquierda y luego a la derecha y luego de frente un buen trecho hasta un grupo de dos o tres guindos que había en el campo y que allí dejó en tierra el trozo de cántaro y se puso a comer unas cuantas guindas, y había dicho luego en las declaraciones que a lo mejor no estaban bien maduras las guindas o cerezas o ciruelas, que no se acordaba bien cuáles eran exactamente las frutas que había comido, y le habían producido disensiones en los intestinos y en consecuencia tuvo que parar a atender esa necesidad como cuatro o cinco veces.

Pero luego, cuando ella, Aurelia Agripina, llegó a otro cierto lugar, pensó que el trozo de su cántaro con toda seguridad había estado allí. Aunque no había ni ciruelas ni guindas o cerezas, sino que sólo había moras, endrinas y unas sandías muy grandes que parecían la luna entera, y algunos calabacines que, golpeados con un palo, sonaban a hueco. Pero, pensando en esto, decidió que la lógica aristotélica la decía que el sujeto aquel del trozo de cántaro robado que andaba buscando debió de sentarse a comer allí y dejaría al lado el cántaro roto, según le dijo a un hortelano que estaba regando mientras un burro sacaba agua dando vueltas a una noria, y le preguntó qué era lo que aquel individuo llevaba de la mano. Y este hortelano se acordaba perfectamente de que aquel sujeto había hecho un estropicio en la fruta, y luego había llenado de ella el esqueleto de cántaro que llevaba consigo.

—¿Y no recuerda si el trozo de cántaro roto que llevaba tenía una escritura que habían hecho en él antes de cocerlo? —preguntó Aurelia Agripina al hortelano.

El hortelano contestó que no se había fijado en tantos detalles, aunque sí en que el cántaro estaba roto en muchos trozos y le llevaba aquel sujeto atado con cuerdas, pero con unas aberturas y desajustes entre unos trozos y otros tan enormes en algunas partes que sacaba por allí la cabeza un ratón blanco muy pequeño que, cuando el sujeto dejaba el cántaro en el suelo, decía: «Como los pétalos de las flores del almendro se posan sobre la hierba /¡Hazlo con sumo cuidado, por favor!».

Y la gente que lo oía decía:

—¡Es admirable!

Y entonces con un ratón así ¿cómo se iba a fijar nadie en que el barro estaba escrito? Nadie podía fijarse.

Aunque, por cierto, aquella vez que el sujeto que llevaba el cántaro se había puesto a comer aquellas frutas se había olvidado del cántaro, y menos mal que el ratoncillo se puso a dar voces de auxilio, porque de otro modo quién sabe lo que hubiera pasado. Pero sería mucho más difícil dar con aquel cántaro roto, porque a lo mejor las cuerdas con que iba atado ya se habrían roto y se habría escapado el ratoncillo; y lo raro estaba en que el sujeto aquel anduviese así por el mundo con el asa de un cántaro, un trozo de la boca de él, y bastante de su panza, llevándolos de la mano, y otros dicen que arrastrándolos, atados al cabo de una cuerda. ¿Y no se rompían las cuerdas o el cántaro?

—¡Cuánto trapacero hay por el mundo! —dijo Don Absalón, cuando se lo estaba contando ahora Aurelia Agripina.

Pero Aurelia Agripina se sonrió, y contestó que, de todas maneras, si el cuento no era verdad, como no podía serlo, estaba muy bien traído y compuesto.

—Sí —contestó Don Absalón—, pero si en Castilla hay más poetas que hortelanos, mal vamos.

Volvió a sonreír Aurelia Agripina, pero aseguró que el hortelano la dijo luego algo muy interesante, que fue, que él, que también era pocero, aunque no entendía de cuerdas, sí entendía de barros escritos y no escritos, antiguos y modernos, y los conocía muy bien desde que era un mozalbete; y hasta había visto el barro rojo del que Dios había hecho a Adán y del que estábamos hechos todos los hombres porque, cuando él, el hortelano, estuvo cautivo de los sarracenos, uno de éstos del que se hizo muy amigo, porque también era pocero y conocía muchos de los secretos del agua y del barro, y se llamaba Solimán, le

había llevado a ver un poco de ese barro, del que se guardaba todavía una reliquia en una pequeña arqueta de madera oscura que estaba en una iglesia también pequeña que había en el monte donde le dijeron que era en el que había encallado el arca de Noé, cuando cesó el Diluvio. Y allí, en aquel barro del que estamos hechos los hombres todos, se podía comprobar con todos los respetos, decía el hortelano bajando un poco la voz, que le pasaba algo así como si no estuviera bien cocido en el punto debido, y hubiera quedado un poco crudo y terroso.

—Como si a todos más o menos nos faltara un ratillo más de cocción, o como un último hervor; y ninguno rematamos -dijo el hortelano.

—¡Ah! Pues esto me lo ha copiado a mí, que lo tengo bien experimentado, pero se quedaría tan oreado como si lo hubiera descubierto él. Menos mal que todo se descubrirá el Día del Juicio Último. Aunque ya antes de éste tendría yo que decirle unas cuantas palabras a semejante tomatero y sandiero —dijo Don Absalón.

Aurelia Agripina contestó, riéndose, que creía ella que en ese Juicio Universal no se bajaría hasta esos y parecidos detalles o a tan inocentes picardías. Pero Don Absalón parecía estar muy enfadado con el hortelano, y dijo que los escribidores, filósofos y poetas son una gente de mucho y mayor cuidado que los ladrones de ganado, pero luego se alzó de hombros e hizo un gesto de no poder hacer nada, y rogó a Aurelia Agripina que siguiera contándole; y entonces ella sacó de su faltriquera el papel o mapa que había llevado como guía, y en el que, bajo los nombres de algunos pueblos, se leía: «¡Ojo», aunque dijo que ella no había hecho caso, sino que, si en su camino se encontraba un tejar o un alfarero o hasta un vendedor de tejas, adobes o pucheros, se paraba a hablar con ellos y les daba conversación sobre las aguas y las tierras o gredas y los barros, porque de estas conversaciones siempre podía salir algo; y también tenía conversación con cualquiera otra persona que se encontrara, aunque no fuese del oficio, por si sacaba algunos indicios o simplemente porque sí, y porque de por sí misma ella era muy parlera. Y por eso la había ocurrido lo que la había ocurrido, por ejemplo, en un pueblo ya bastante grandecito, con dos mozas que estaban en la fuente con sus cántaros, y a ella la llamó la atención uno de los cántaros de una de las mozas en particular, porque la pareció que en torno al cuello de él tenía algo escrito, y preguntó por ello; pero la moza que se llamaba Olalla la respondió que no, que esas arrugas oscuras que tenía el cántaro hacia su boca serían del barro mismo, y el color oscuro desaparecía cuando se llenaba de agua y se enrojecía todo él como con el mayor rubor que pueden dar las cosas que dan rubor. Pero que los

que sí tenían escritura eran los dos cántaros que ella y su hermana rompieron cuando derramaron el agua de ellos, a la muerte de su padre.

—¿Y por qué los rompieron? —preguntó Aurelia Agripina.

—Porque alrededor de su cuello tenían escrito los dos: «Guay de la vida que ya está derramada», y entonces dijo mi madre que para qué queríamos en casa más testigos de nuestro dolor que el clavo de la ausencia del muerto y del agua derramada la noche que murió. Y ¿cómo íbamos a beber ya en aquellos cántaros otra cosa que agua de amargor?

—¡Ah, ah! —dijo Aurelia Agripina muy conmovida.

Y se calló, pero, cuando iba a preguntar si no quedaría un trozo de aquella maravillosa inscripción de dolor en los dos cántaros que rompieron, ellas contestaron que habían machacado todo el barro de los cántaros hasta hacerlo polvillo rojo, y que allí quedó mezclado con la tierra. Pero ellas conocían mucha gente que tenía cántaros, orzas y tinajas con inscripciones, pero no habían visto nunca al sujeto que llevaba el trozo de cántaro, ni comprendían para que querría ese trozo de cántaro, mostrando precisamente, como mostraba con su proceder, que tenía en tan poco aprecio y ninguna veneración a la vasija y a la leyenda que hubiera en ella.

Porque lo cierto era que en las sílabas del agua que se derramaba de los cántaros cuando moría una persona, o en la tierra en la que se derramaba, quedaban inscritos todo el dolor que se sentía y todas las invocaciones que se hacían, explicó una de las hermanas. Y añadió la otra moza que toda la tierra y el mundo entero estaban llenos de los guays y de los trenos que se habían dicho y se decían, y de los dolores de las separaciones que se habían sentido y se sentían, y eran como las ánimas de los ausentes y los muertos que venían a hacernos compañía y a darnos consuelo. Y, bebiendo del agua de los cántaros escritos, las mismas amarguras de la noche se disipaban.

Y luego ya fue cuando las dos hermanas la habían preguntado cuál era la parte qué había quedado de la escritura del cántaro que a ella, a Aurelia Agripina, la habían robado y roto; y ella dijo que era ésta: «Guay, guay de nosotros, Adonai ...

—Pues lo que sigue sí que lo sabemos nosotras que hemos sido enamoradas, y lo que sigue es: ... que cuando se derrama nuestra vida, nos desajunta y arranca».

—Es una inscripción antigua —dijo la menor de las dos hermanas— y nosotros la hemos visto en algunos cántaros y en tinajas algunas veces. Y lleva la letra «Alef» al principio, tal y como la graban también los candileros en los candiles, cuando luego la leyenda dice: «¡Que la luz no me abandone nunca en lo oscuro!»

Y la dijeron, además, que había una tinaja grande con esa leyenda, que estaba en el patio de la iglesia de aquel pueblo en el que ellas vivían, que, antes fue más grande, y la habían guardado como una reliquia de un martirio que hubo, y todo había sido porque un mendigo que andaba pordioseando por los pueblos siempre decía cuando le daban limosna: «Que Dios te haga merced de su agua y bebas de su mano en su cántaro». Pero entonces fue cuando hubo las rebeldías y trastornos del pueblo, que hubo en este reino de Castilla, y unos iscariotes se divirtieron un día metiendo al pobre mendigo viejo en una tinaja, tapándola luego con unas tablas y una gran piedra, con lo que allí quedó sepultado porque nadie se volvió a acordar de él; y cuando descubrieron el cadáver fue cuando se supo que aquel hombre había sido un sabio y un maestro de letras huido de persecución y al que enterraron en la misma tinaja en la que le habían metido, atado y con estopa en la boca. Y, al enterrarle, se fijaron que en la boca de la tinaja que los matones habían robado de una iglesia ponía: «Pues yo te daré de otra agua». Y leyendas de éstas o algo parecidas tenían los cántaros de Aurelia Agripina; los tres de arriba y los tres de abajo de la cantarera de su casa, que era de color azul. Pero el cántaro roto era el más querido para ella.

Así que, después de suceder todo esto, las hermanas envolvieron en un pañizuelo el resto íntegro del cántaro roto y se lo ofrecieron, mientras Aurelia Agripina las contaba que esa inscripción la había mandado hacer un amor antiguo de ella, que se había ido consumiendo de melancolía y sólo bebía agua de ese cántaro. Y ahora decía a Don Absalón que se estuvo acordando entonces de la pintura desteñida de la iglesia, que se veía bastante regular todavía y era de una mujer con un cántaro.

—La Samaritana se llamaba, y ya te acordarás de la historia, de que era una muy hermosa y buena mujer, que había sacado el agua del pozo y luego Jesús la prometió otra agua para la sed del mundo —recordó Don Absalón.

—Sí me acuerdo ¿Cómo no voy a acordarme? —contestó Aurelia Agripina.

Y luego hablaron de otros recuerdos, y se rieron los dos, se dieron la

mano, y se despidieron hasta otro rato de charleta, en cuanto volviera Juan de las Salinas con el pintor Teón de Alejandría.

La primera cita

Del viaje que había hecho Juan de las Salinas a las estepas rusas, y luego a los países de gentes de ojos rasgados o de almendra, etíopes o egipcios, y a otros países extraños, hacía ya casi los tres años completos, y ahora era ya el tiempo justo en el que se habían comprometido a verse el Maestro Teón de Alejandría, pintor, y Juan de las Salinas, del que, cuando aquél llegó a Castilla, todo el mundo se hizo lenguas, enterándole al pintor de que, además de ser dueño de las mejores salinas del mundo, había estudiado muchos años y era físico, arquitecto, pocero y agrimensor de jardines cerrados, y también había escrito un libro de «Viajes de cercanías y lejanías, o de todo lo que hay que ver en el mundo», aunque no lo había firmado con su nombre verdadero en la portada del libro, sino con la leyenda: «Por Juan Peregrino por muchas partes y geografías». Y ya le había caído muy bien al pintor, cuando se conocieron en un viaje de Juan de las Salinas a los países de la nieve, como si no hubiera suficiente en Soria, como le decía después, cuando el Maestro Teón vino por fin a pintar, y le agradaba sumamente que las gentes de esta tierra le apreciasen tanto.

Habían quedado, pues, los dos, el Maestro Teón de Alejandría y Juan de las Salinas, un anochecer del mes de agosto, tercer día después de la Dormición de Nuestra Señora, junto a la noria que había en la huerta del boticario de Rello, aquel año en que hizo tanto frío en aquel agosto mismo que se helaron los tomates y otros frutos; y, cuando Juan de las Salinas llegó, ya estaba allí el pintor, casi dando diente con diente a cuenta del relente de la noche que se estaba formando apenas el sol iba bajando por un lado y subiendo la luna por el otro, con tan rojas mejillas como ruborizadas se ponen las manzanas cuando ya es el tiempo de ser recogidas, o como un rostro que está mucho tiempo junto al fuego. De manera que, después de saludarse, enseguida Juan de las Salinas propuso ir a recogerse a la posada, cenar, y hablar toda la noche si era preciso. Y, como había

una buena lumbre en aquella posada, esto fue lo que hicieron; salvo que contra la mañana se asomaron a la muralla de Rello para ver al lucero matutino.

—«Kalistos ásteron», según decimos en griego, y quiere decir el más hermoso de los astros —dijo Teón de Alejandría.

—Pues aquí en estos pueblos le llamamos «el Lucero del alba» o «la Estrella de la mañana», y es lo más hermoso de todo lo que hay —repuso Juan de las Salinas.

Luego hizo un silencio como recordando y añadió:

—Y, por cierto, que la fiesta de este pueblo es el día de Santa Calixta, que también debió de ser fue una mujer muy hermosa, y también hay muchas chicas muy hermosas que se llaman Calixtas.

—Pues ¡qué sé yo! A lo mejor es que vendrían por aquí algunos griegos y griegas, hace ya muchos años —dijo Teón de Alejandría.

Pero no era cosa para discutir, y siguieron mirando al Lucero del Alba.

La conversación en la posada

Pero todo esto fue después, porque cuando se encontraron los dos, Juan de las Salinas y Teón de Alejandría, junto a aquella noria que era el lugar de la cita, lo que dijo Teón, medio tiritando, fue:

—Malos parajes son éstos para Edenes, Juan de las Salinas.

Pero enseguida echaron a andar hasta la posada del pueblo, porque, cuando soplaba en toda esta región el aire norte y se clavaba como agujas en la cara y en las manos, tenía fama de ser, y era en realidad, el lugar más codiciadero no sólo para yantar y dormir bien en colchones de plumas, sino también para jugar a dados, ajedrez, damas o naipes, y sobre todo para pegar la hebra y no dejarla, por lo que una vez quisieron venir aquí unos reyes o príncipes de otras tierras con los de Castilla, pero Don Absalón la dijo a la dueña que para qué iba a meterse en esos berenjenales y qué nos importaba a todos nosotros lo que pensaba el rey de Inglaterra ni los otros, ni tampoco lo que decían, ni si tenían frío o calor; que sus palacios y castillos tenían esos señores, y todos serían incordios tenerlos cerca aunque sólo fuera el tiempo que canta un gallo; y la convenció, y ella contestó a aquellos príncipes que no podía recibir en su posada a nadie, y menos a sus Grandes Altezas, porque estaba de obra y no llevaban trazas los albañiles de acabarla un año de aquéllos. De manera que, gracias a una cosa así, la posada seguía siendo lo que siempre fue, y algún día se hablaría de ella en los libros, dijo también Don Absalón, aunque sólo fuera por las discusiones escolásticas y de letras que allí se habían tenido.

Tenía la posada en la cocina, bajo la chimenea, un hogar de piedra que era todo el arco de media rueda de molino de las grandes sobre la que se hacía durante todo el invierno una lumbre tan inmensa, que quienes habían visto su fogata o se habían calentado al amor de ella con sólo imaginársela, y estar seguros de que continuaba allí ya se les

calentaba la alegría de la sangre. Así que entonces el Maestro Teón, cuando entró allí, no volvió ya a repetir que no podía darse por estas tierras el Paraíso Terrenal, porque todo fue entrar en la cocina de la posada y quedarse con la boca abierta al ver la gran hoguera que estaba allí encendida, y pintaba de los rosados y dorados colores de la aurora la blanca pared del pasillo que daba frente a esa lumbre porque la puerta de la cocina estaba abierta. Y mucho más sonrosada estaba todavía la cocina en la que, ante el rescoldo de aquella lumbre, estaba sentada en el suelo una viejecita muy menuda y delgadina a la que los dos viajeros dieron las buenas noches. Pero ella no contestó, y entonces fue cuando apareció allí una niña que dijo que no se tomaran a mal y a falta de educación con las personas que la abuela no los hubiera contestado, pero era porque, como tenía muchísimos años, y no oía muy bien sino lo que se decía en voz muy baja y muy despaciosamente, seguro que la habían alzado un poco la voz, y para ella eso era como un trueno. Y la niña explicó entonces a su abuela que los viajeros la habían confundido con una mocita, al verla tan delgada y sonrosada, y con una piel que la brillaba tanto y unos ojos tan grandes y de un mirar tan vivo, y la habían preguntado, entonces, por los años que tenía.

—Todos los que hace que cayó Constantinopla, que fue cuando mi madre tenía quince o dieciséis años; y lo que sé es que ya no tuvimos nunca más alegría desde entonces. Así que echen ustedes la cuenta.

Y, cuando supo que uno de aquellos dos visitantes era un pintor de Alejandría, añadió con una voz cantarina, como si ella tuviese ahora esos diecisiete o dieciocho años, que entonces necesariamente tenía que ser un pariente suyo, y ya hablaría con él más tarde, porque ahora estaba cavilando y, cuando cavilaba, tenía que guardar silencio como los monjes del Monte Athos o los cabreros de Chipre o de Vadocondes.

—¡Vaya Su Merced a atar cabos con estas noticias que esta vieja nos ha dado! —dijo Juan de las Salinas.

—¡Nunca se sabe! ¡Nunca se sabe! —respondió el pintor—. La confusión de fechas, personas y sucesos nunca tuvo mucha importancia. Lo único importante es que estos sucesos sean verdaderos.

Entonces la muchachita fue a avisar a su madre, hija de la anciana, y ésta pidió al llegar, y después de saludarlos, que la siguieran por una escalera muy pequeña, y llevó a los viajeros a la habitación de más arriba de la casa, que tenía una ventana que daba al campo y desde ella se veían las estrellas que estaban comenzando su camino por la

esfera del cielo, y allí dentro una lumbre también encendida, ante la que estaba dispuesta una mesa, cubierta con un mantel muy blanco y encima de éste había dos tazas de leche humeantes, y al lado un pan muy blanco. Probó la leche el pintor, y dijo:

—Como ya le advertí en las estepas rusas, no conviene pintar el Edén en las iglesias, porque, aparte de ser cosa muy difícil y casi imposible, enseguida comienza a desvanecerse y despintarse. Será mejor pintar lo que estaba pintando allí en la Gran Alejandría, que es mi pueblo: la salida del Arca de Noé.

Y el tema tenía también, desde luego sus dificultades, y éstas eran tantas como las que surgían después de haber pintado un Juicio Final, aseguró; porque todos aquellos a los que se había pintado entre los condenados se molestaban muchísimo. Y en la pintura del Arca pasaba algo parecido, porque, si se pintaba a la gente con cara alegre porque por fin había dejado de llover y se podía salir a estirar las piernas, tampoco les gustaba a algunos. Pero, si se los pintaba con cara triste, tampoco gustaba a otros por otras razones; y mejor era no oír o hacer como que no se oía lo que decían también otros terceros, si se pintaba allí un par de elefantes porque hacían burla, diciendo que parecía imposible y una verdadera casualidad que no hubieran hundido el Arca esos elefantes, y comenzaban a murmurar del pintor; pero, si se pintaban ratones, el comentario era muy contrario entre las mujeres.

Así que, siendo así las cosas, el pobre pintor ya no sabría a qué atenerse, pero estas cominerías y zarandajas tan molestas eran minucias o menos todavía, si se las comparaba con la mucha dificultad que era buscar las caras, y alguna vez algún otro detalle corporal entre la gente que se veía, para pintar a Noé, a sus mujeres y a sus hijos e hijas y yernos y nueras.

Lo ordinario era que, en la pintura de este episodio, Noé, su mujer, y sus hijos y todos los demás llevaran el rostro de quien pagaba la pintura en la iglesia y de su mujer, sus hijos, y demás familia y amigos. E incluso, si tenían algún gato, perro o galgo, gallina, gallo o conejo que amaban mucho, también se los pintaba.

—Pues eso está hecho —dijo Juan de las Salinas a Teón de Alejandría, el pintor.

Éste se calló como cavilando, y luego comenzó a contar con los dedos de la mano derecha, mirando a Juan de las Salinas.

—¡A ver! Por lo pronto, Vuestra Merced y su mujer, ¿y cuántos hijos?

—Tres.

—¿Cuántos hijos naturales, fruto del amor y de cuantas mocitas?

—Estas cosas no tienen por qué ser públicas -contestó rápidamente Juan de las Salinas.

—Pero Vuestra Merced me dirá, amigo mío, cómo vamos a pintar diez o doce clases de animales, y no llegar a seis personas humanas. Y ya me dirá lo que dirán quienes contemplen la pintura en los siglos venideros acerca de la falta de misericordia por parte de Vuestra Merced que aparecerá ante las gentes, cuando piensen que sus antiguas amantes y sus hijos naturales tendrían que morir ahogados, por no haberlos metido Vuestra Merced en el Arca.

—Verdaderamente éste es un gran escolio —concedió Juan de las Salinas, en voz muy baja y abatiendo su cabeza.

Así que ambos determinaron dejar esta discusión para más adelante, comenzando ahora a discutir solamente sobre los animales que entrarían en el arca, la forma y tamaño de éste y la condición y color de las aguas diluviales, porque tuvo que llover a cántaros, pero, si se pinta la lluvia a cántaros, no se ve ningún paisaje, y algún paisaje tendrían que ver los que viajaban en el arca antes de que desapareciera detrás de las aguas que caían.

El catálogo de los animales

Tampoco era posible diseñar de antemano la forma y distribución del Arca, sin estar ciertos de qué clase de animales iban a ser pintados y de su cantidad; así que directamente se puso el pintor a hacer la lista de aquéllos con Juan de las Salinas.

—Gatos, perros, asnos, yeguas, vacas, toros y caballos, estorninos, cuervos, gallos y gallinas, golondrinas, conejos, liebres, perdices, gorriones, golondrinas y cigüeñas y alcaravanes, jilgueros, loros y lechuzas tendrán que estar allí, porque son nuestros animales y acompañan nuestras vidas —dijo Juan de las Salinas.

—Pero no puede haber Arca si no se pintan allí también los leones, los tigres, los elefantes, las jirafas y los dromedarios; y esto sin nombrar luego entre los humanos, al hombre patacón o «sciópodos», a los hombres con escamas, y a los gigantes y enanos, y, desde luego, al cirujano de la Capadocia, que sacó de la cabeza de mi mujer tres demonios, duendes, o lo que fuesen aquellos bicharracos tan dañinos, y cojos además —uno de los cuales era muy gastador, por cierto— a los que no había manera de echarlos fuera. Y yo le estoy muy agradecido al cirujano —dijo el pintor.

—Y ¿cómo los echó? —preguntó entonces Juan de las Salinas.

—Pues muy fácilmente. Llevó a mi mujer a una sala donde había tres sillas y dijo a los demonios que estarían muy cansados, siendo cojos y teniendo que ir andando por ahí haciendo de las suyas, y ahora que por fin podían sentarse se sentasen. Así que salieron del cuerpo de mi mujer y se sentaron, comieron, bebieron y luego se pusieron a comentar cómo estaba el mundo, y decidieron comprar un coche de caballos y largarse de nuevo por toda la redondez de la tierra; pero al final mi mujer se fue con ellos. Ya puede imaginarse qué pécora.

—¿Es que era tan mala, y tan mal se llevaba Vuestra Merced con ella como para llamarla «pécora»?

—Es que yo comencé a llamarla «corderita» cuando tenía quince años, y luego «ternerita», pero cuando se escapó con los demonios pesaba once arrobas. No la iba a llamar «carnera» o «vaca grande», ¿verdad?

—¿Y cómo la piensa representar en el fresco del Arca? —preguntó Juan de las Salinas.

—Según la inspiración que tenga—respondió Teón de Alejandría—, porque yo soy nieto, de muchas generaciones para acá, de un Teón de Alejandría que era filósofo y un gran cocinero de arroz con liebre y hojas de menta, y conocía a un filósofo español de Guadalajara que tenía una tienda de bacalao en la sierra y allí secaba los distintos sistemas filosóficos, y los metía en cajas de madera roja, y, si no cabían, su mujer recortaba aquellos sistemas para que encajaran según lo que quería el cliente.

—¿Y cómo se recorta un sistema filosófico?

—¡Pues como se corta el bacalao! O se hace una mujer delgada de una gruesa. Se corta un poco por aquí y otro poco por allá, y, sin mengua de ser mujer, queda muy presentable. No hay dificultad ninguna.

Así que sólo quedaba por resolver cómo quería que los pintase a él, Juan de las Salinas, y a su mujer y a sus hijos, saliendo del Arca.

—Hay que contar con Don Absalón, el párroco. Y le aseguro a Vuestra Merced que no es que se llame sólo Absalón, sino seis nombres más, y el último Hércules-Sansón, y le cuadra muy bien porque sería muy capaz de levantar una novilla con cada brazo, mientras rezan quince o veinte padrenuestros en griego. Y ya me ha dicho que suponía que el pintor que se contratara sabría pintar desde luego la historia de Absalón, hijo de David, montado en su caballo y con su pelo largo al viento, y también ángeles y arcángeles con mil ojos en cada una de sus alas, y algunos de esos arcángeles con cuatro alas; y todo eso en un Juicio Final; o de otro modo, y para pintar cualquiera otra cosa, que no viniese.

—Pero ¿es que no hemos dicho que yo no voy a pintar Juicios Finales ni Edenes, sino la salida del Arca de Noé? ¿Es que no le ha dicho Vuestra Merced, a Don Absalón, que éste fue el acuerdo de cuando nos vimos en la ciudad de Alejandría?

—Sí, pero no le convencí. Él lo que quiere es un Juicio Final en el que

tiemblen los cielos y la tierra, y de aquí no le saca nadie.

Calló un momento, y luego dijo, señalando la puerta de la habitación:

—Y ahora ya se oyen sus pasos, y podrá usted discutir con él.

Y allí estaba. Era un hombre altísimo y como una mole poderosa, que entraba riendo a carcajadas por alguna gracia que le hubiera hecho algo o alguien, y retemblaban los vidrios de las ventanas. Se dirigió a ellos, antes de que les diera tiempo a levantarse, y el pintor que le dio la mano creyó que se había quedado sin ella, pero no se atrevió a quejarse.

—¡A la paz de Dios, amigos! Sentémonos. Ya he dicho que me traigan una gran cazuela de leche con picatostes, por si se nos alarga la discusión en la velada, porque ya vengo oyendo yo algunas cosas raras desde la habitación de abajo, mientras tomaba un tentempié; y me he retrasado un poco, porque he estado restregando la nariz, como se hace con los gatos, de dos de mis feligreses que revientan de dineros y mantecas, y no dejan vivir en paz a los demás.

Tamborileó un momento sobre la mesa con los dedos de la mano derecha, y dijo a Juan de las Salinas que esperaba que ya le hubiera puesto en antecedentes al pintor acerca de la pintura del Juicio Final o, más bien, de sus efectos colaterales o el derrumbe del mundo y el descubrimiento de todos los secretos por el libro en el que todo está apuntado: por ejemplo, quién es el padre de cada quien y cada cual, el autor verdadero de cada libro, quién robó los huevos o las mismas gallinas, quién disimuló, vendió o quebrantó virginidades, y quién nunca dijo una verdad y fue dorador de las mentiras propias y de las ajenas.

—Incluso se sabrá si este amigo Juan de las Salinas es cristiano verdadero o tan nuevo que es falso, y también se sabrá si Vuestra Merced, pintor de las tierras griegas y del frío, o del cálido clima del Oriente, sabe pintar y acertará a pintar lo que tiene que pintar. ¿Entendido? No andemos con andróminas ni mariconerías de músicas celestiales

El pintor respondió que él, por sí mismo, ya había desechado pintar un Paraíso o Edén, y se había decidido a pintar lo que estaba pintando en Alejandría cuando se concertó con Juan de las Salinas y le había invitado a venir a pintar aquí a estas tierras de Guadalajara y Soria, donde ya había estado y pintado una Palmera del Edén, que era famosa en todo el mundo. Y lo que estaba pintando era la salida del

Arca de Noé o las vísperas de salir de ella, cosa que algunos no querían, porque una navegación o crucero de cuarenta días y cuarenta noches sin recalar en ningún puerto les parecía un engaño y un timo, mientras que a otros aquel encerramiento ya les resultaba sencillamente intolerable, y les producía claustrofobia.

Mosén Absalón dijo:

—Es igual. Eso del Arca de Noé ya se ha pintado otras veces, y no se ha sacado nunca mucho provecho ni sustancia de ello. Había mucho agua, demasiada.

Y añadió luego:

—Y también se ha pintado el Juicio Final, pero no sus efectos colaterales, que son los más importantes.

—¿Qué son efectos colaterales? —preguntó el pintor.

Don Absalón contestó que eso era fácil de comprender, y que le bastaría con suponer que si a alguien le ahorcaban ya no podía cenar, de manera que no es que los justicias quisieran que ese individuo no cenara y le condenaran a ello, sino que el no cenar era un efecto colateral de haberle ahorcado; y así podían hacerse otros mil supuestos. Y lo que quería decir era que, se concretaran o no muchas cosas en el Juicio Final, todas quedarían clarísimas después de la sentencia. Y no tenía noticia él, Don Absalón, de que los alejandrinos hubieran tenido ni tuvieran ideas muy claras sobre estos temas. Porque, le perdonase el señor pintor que alejandrino era, pero a cualquier castellano que había visto los mosaicos y azulejos bizantinos le quedaba claro que eran y tenían que ser todos ellos gentes algo fantasiosas a las que gustaban mucho los teatros y las apariencias, y todo les parecía bien, o, si les parecía mal, sacaban los ojos a quien fuera, a empezar por los emperadores, pero de la manera más natural, como cuando por esta tierra de Soria y Guadalajara se da un par de azotes a un muchacho. Y todo esto lo sabía porque, además de haberlo estudiado en las historias, había visto un buen trozo de mosaico donde estaba figurado un emperador, que tenía en Rello un comerciante veneciano que vivió allí, y lo tenía puesto en el fregadero, de modo que su mujer decía que era el mejor sitio para él porque daba resplandores imponentes cuando se hacía un hoguera en el hogar de la cocina, que frente al fregadero estaba.

—De manera que nada nos debe ofuscar y, si el señor pintor está conforme, lo primero que tenemos que hacer es una reunión de

rabadanes principales o concilio para poner las cosas en su sitio, convocando a ella a todas las personas más sabias de la tierra de Guadalajara y Soria, y del orbe entero si se terciara.

Y terminó diciendo que nadie podía dudar que él mismo, Don Absalón, bien valdría para presidirla, porque, además de ser Arcediano, había estudiado teología en las mejores escuelas en que la enseñaban, y con notables gastos para ello, y también había estudiado la flora y la fauna de los dos hemisferios, y la historia del mundo desde los imperios babilónicos. Y le parecía que, por eso mismo, todos los embarcados en esta nave y proyecto estaban conformes con que él, Don Absalón, estuviese al timón de ella. Y lo cierto fue que nadie puso la menor pega a esto, como no fuera que el pintor dijo que informaba a Don Absalón, y al Consejo que se formase, de que él sólo podía trabajar estando a solas y sin ser interrumpido por visitas, salvo la de las personas o los animales y las cosas, que tuvieran que ser pintadas; lo que pareció a todos muy puesto en razón.

Así que, enseguida, en aquellos días que siguieron a estas decisiones, comenzó a hacerse la lista de los convocados para la Comisión o Consejo en el que tendrían lugar las discusiones en torno al Juicio Final y sus asuntos colaterales.

Lista de personas notables, que deben convocarse, y otros papeles con sus historias y los bocetos que hizo el Juglar de Gormaz

El número uno era Petrus Exiguus Oxoniensis, bachiller y enamorado, que envenenó en varios sueños continuos a lo largo de más de una semana al padre de su amada, que se oponía a sus amores; pero fue absuelto de sus deseos asesinos por no haber tenido intención de envenenar, sino sólo de consentir en un sueño del que luego estuvo muy satisfecho de que fuera solamente un sueño, los ocho o diez días que soñó con ello.

Y dijo el Juglar de Gormaz que Petrus Exiguus Oxoniensis, o Pedro el Pequeño de Oxford, era todo lo contrario de lo que indicaba este nombre, porque era un hombre rubio y colorado, y casi un gigante, con unas manos y brazos como palas; y de tal manera que, cuando estaba estudiando y tomando su grado de bachiller, no precisaba levantarse de la silla en la que estaba sentado ante la mesa con sus papeles y libros, para alcanzar cualquier otro libro de las estanterías de la habitación entera, incluso las más lejanas; y así había secuestrado a su amada, a la que vio un día asomada a una ventana de un primer piso, aunque lo hizo con su consentimiento.

Luego el padre de la muchacha fue a pedírsela de malos modos, y Petrus Exiguus le dio muchas razones aristotélicas y occamistas para negársela, la primera de las cuales era que ya había oído decir a su hija que no quería volver a su casa. Y entonces la ofuscación de aquel hombre le llevó a subirse de pie con espada en mano sobre la mesa de Petrus Exiguus, y éste lo tomó entre los dedos y lo bajó de allí, pero no sabe por qué sí o por qué no, quizás no calculó la fuerza de la

captación y proyección de tiro, y en vez de depositar a su futuro suegro en la papelera de su estudio, éste había salido disparado por la ventana, y había quedado fuera de la casa y a varios pies de ella, en un estado de perfecta convicción, asentimiento y resignación. Y Petrus lo sintió mucho, pero ¿qué podía hacer?

Asegura que hizo penitencia durante tres años, y que pasaba por el más virtuoso de los bachilleres oxonienses en estos momentos. Su aceptación a venir a la reunión convenida sobre el asunto de la pintura del Juicio Final habría estado guiada por la esperanza de ser pintado entre los santos confesores. Pero tiene la nariz muy respingona, hace demasiadas poesías latinas a varias mujeres que no son la suya, a la que tiene cerrada en un fanal, y suministra la comida por una ventanita. Sólo el pintor juzgará si puede pintar algún otro episodio de su vida.

La número dos era Doña Beatriz Paleóloga, una donna constantinopolitana de la Picardía que llevaba viajando por estas tierras como diez años, y tiene tienda puesta y viaja a veces en un carro reluciente y maravilloso que se dice que fue de Salomón o una copia de él.

Y el Juglar de Gormaz añade a mayores que Doña Beatriz Paleóloga vivió en la Picardía y en la Italia, y se la podía ver rodando por esos caminos montada en ese mismo carro, pero que iba arrastrado por unos bueyes con coronas de rosas como los del carro y los bueyes que llevaron a la iglesia a la novia de Dante, según cuentan los que estuvieron en aquella boda, que fue la mayor maravilla que habían visto los siglos.

No era verdad que Doña Beatriz tuviera ningún parentesco ni antiguo ni nuevo con Juan de las Salinas, y desde que salió de Constantinopla, y tras estar diez años viviendo en Italia con una tía suya, siempre ha vivido en su Palacio de Peñaranda de Duero, que tiene una huerta tres veces más grande que el pueblo, o en los otros palacios que están en Pastrana, donde tiene un ama de llaves muy joven, hermosa y tuerta que lleva al cinto una espada para conservar su virtud; o en Medinaceli, adonde sólo iba una semana en el verano porque el palacio estaba lleno de yedras y celosías y era muy melancólico. Había querido regalárselo a Aurelia Agripina, pero ésta no quería cambiar su casa por nada, aunque también tuviese sus melancolías en ella.

Los relatos o relaciones y poemas que han escrito todas las antiguas y sabias mujeres, y los de esta misma Serenísima Señora Doña Beatriz, Helena, Adosinda, y María de todas las Maravillas y Remedios, están

depositados en esos palacios y en los que tiene en su tierra de la Picardía. Ha sido solicitada en matrimonio más de treinta veces por príncipes, duques venecianos y Grandes Maestres de Órdenes Militares, pero siempre contestó, entregando su negativa en un billete impreso llevado por un criado en una bandeja de plata, en la que también se ofrecían al pretendiente un veneno y un puñal —también de plata lógicamente— y un grueso cordón de seda natural y de color azul turquesa, por si la negativa que recibían esos sus pretendientes les inclinaba al desespero y les tornaba imposible la vida, como muchos de esos pretendientes decían en sus primeros mensajes y en lo que luego seguían insistiendo. Doña Beatriz Paleóloga ya les daba la solución.

En una ocasión, un clérigo y un alto magistrado la reprocharon lo que consideraban un acto de incitación activa al suicidio, con la agravante de crueldad, y entonces ella soltó una gran carcajada, explicándoles a seguido que estaba deseando que llegase el Juicio Final para que toda esta jarca de los enamorados quedase desenmascarada como la de los duces políticos de todas las formas y colores, los poetastros, fabuladores y otros farsantes y falsificadores. Y, en efecto, de los treintaitantos donceles o señores barbados, que habían jurado por su honor que se matarían, si no les concedía su amor, ni uno sólo lo había hecho, faltando a su palabra y a su honor, y privando así al mundo entero del espectáculo de una muerte por amor de la que se dice que alguna vez se dio en la antigüedad, como por ejemplo en el caso de la reina Dido, que era una mujer que realmente se mató por el amor de Eneas, por lo menos según cuenta la cosa el poeta mantuano Virgilio Marón.

Pero aquellos impostores privaban también con su impostura, al pueblo llano y menestral, de la asistencia a un solemnísimo entierro y a un enlutamiento de mansiones y ciudades, que hubiera sido cosa de admirable recordación por siglos, y de ganancias para el sustento de muchos artesanos de catafalcos y sepulcros marmóreos o alabastrinos con sus figuras plorantes, cuadros pintados de tan hermosas exequias, y demás enseres por el estilo, más las luces de candelabros de bronce o de plata, y un sinfín más de inimaginables provechos que acarrean las muertes de los grandes de este mundo. Pero ¡que si quieres! Todos habían despreciado la muerte por amor y por la gloria literaria y artística, como era de esperar, por lo demás, porque tal fue siempre la farsa del mundo, tanto en los palacios como en las cabañas; así que un Juicio Final bien pintado podía ser un resplandor único de verdad, porque suscitaba la recordación de todas las estafas amorosas y la de los copiadores de poemas y libros enteros; y otras tantas trapisondas del mundo.

A la vez y a la par que a Doña Beatriz Paleóloga se quiso invitar a **Aurelia Agripina** a formar parte de los notables que constituirían la Comisión, pero Don Absalón dijo que la consoladora de Medinaceli, que había sido la que había descubierto las pinturas del atrio en la pared en la que no se veía nada, sería la que se ocupase del asunto de su repintamiento; y bastante tarea era ya la suya con tener que lidiar con el Maestro Teón, con lo obstinado y cabezadura que era éste, y con la tendencia que tenía, además, a pintar donnas bizantinas de aquellas tierras suyas, que no tenían ni media onza de carne y, sin embargo, sí muchas piedras preciosas en los vestidos. Y Don Absalón creía que tenía toda la razón Aurelia Agripina cuando afirmaba que no podía ser que el pintor antiguo las hubiera pintado en aquel estilo alejandrino sino en el de por aquí, donde las mujeres, fueran santas o no, tenían más de una onza de carne y nada de piedras preciosas, sino abalorios y cuentas de cristal como mucho, y eran menos narigudas que las de Alejandría y sin los ojos tan grandes y fijos como los de las lechuzas.

—¡Pues, Vuestra Merced tiene ojos bien grandes y azules, y redondos como los de los pájaros! —dijo el Maestro Teón.

—Es que así son de su naturaleza y precisamente así debe ser la pintura. No es lo mismo —contestó Aurelia Agripina.

Y que lo mismo que se había fijado en ella, y en sus ojos, tenía que fijarse mucho más en cómo estaban pintadas aquellas mujeres, e ir por encima de la línea que se notaba todavía en la pared, y pintar y buscar bien el color para repintar aquellas santas antiguas, como las Tres Marías que estaban en el otro lado de la puerta, y además brillaban como tres estrellas en el cielo. Y, aunque Teón discutió un poco, por fin se dio a razones, y confiaba en que ella, Aurelia Agripina, que veía mejor, le guiase cuando se equivocase en seguir los trazos, aunque fuesen como del grosor de un hilo de seda.

El tercer convocado para la Comisión era Mancio Tartaja o Tartamudo, que dejó cojo imaginativamente a un hombre porque se encontró con él en un camino, y venía en dirección contraria, y a Mancio le pareció que venía braceando y como haciendo burla de él, y que sus brazos daban vueltas como las agujas de un reloj, pero como si fueran hacia atrás; y éste fue el argumento que utilizó el psicólogo para librarle de toda pena.

Porque había que aclarar, como dijo el Juglar de Gormaz, que Mancio Tartaja o Tartamudo era hombre de oficio charlatán o vendedor público de muchas cosas, tales como hojas de hierro de afeitar,

alfanjes, crecepelos prodigiosos, cremas que configuraban la cara con hermosura sin igual, o el agua de rosas blancas de la buena suerte, que predisponía a todo el mundo a la benevolencia hacia quien lo usaba. Y, como era tartamudo, se quedaban muy bien en la memoria de las gentes los nombres que pronunciaba, por extraños que fueran; y por esto mismo había sido contratado muchas temporadas para maestro de niños, porque decir, por ejemplo, «ocho por siete cincuenta y seis», o decir que la capital de tal nación o tal otra eran Memphis o Moscova podía llevarle buena parte de la mañana o de la tarde, y, como a la semana siguiente había repaso, y también a la otra, todo se quedaba en la cabeza de los muchachos.

Pero a Manco Tartaja, cuando se le atragantaba un nombre y no le salía, comenzaba a bracear como haciendo marchar las agujas de un reloj para atrás hasta que encontraba el nombre; y eso lo hacía de ordinario hablando a solas o acompañado, y en una estancia, en la calle o andando por los caminos; de manera que esto era lo que le había ocurrido aquel día, y entonces arrolló «con sus fuerzas ciclópeas y centrífugas», al hombre que venía en sentido contrario y al parecer burlándose de él, según dijo al cabo de un cuarto de hora de tratar de decirlo delante del tribunal que le juzgó y le absolvió.

Tenía unas orejas muy grandes, pero muy finas y una pequeña brisa las movía como abanicos. Puede dar su juego en la pintura de la pared, siempre que sea en figura grande.

El número cuarto era Su Excelencia el señor Conde Don Fierro, que había ampliado su poder en ciento treinta pueblos más con sus fincas, y también fue absuelto por un error en el cálculo.

Este señor Conde Don Fierro era —dijo el Juglar de Gormaz que le conocía muy bien— hombre de palabra fácil y estatura diminuta, y se decía de él que lugar por donde paseaba —y no hacía otra cosa desde que se levantaba— lo apuntaba como propiedad suya, pero para una apropiación romántica y platónica que también mostraba respecto a las mujeres y a las gallinas. Y se le invitaba a esta reunión sobre la pintura del Juicio Final, porque había estado de embajador en tierras turcas y conocía muy bien los intríngulis de la política. Siendo, además, tan parco en palabras que sólo se le oían dos o tres a la semana, porque temía revelar secretos políticos, si comenzaba a hablar, porque decía que las palabras se enredan como las cerezas, pero luego no son tan fáciles de desenredar.

A veces se vestía con sus galas de embajador y sus «lentes políticas» que eran unas antiparras azules para ver bonito el mundo, y también

verle como una finca propia de recreo, con muchos siervos a sus órdenes, atentos siempre a lo que les mandasen.

Pero se excusa ante Don Absalón de la invitación que se le hizo, diciendo que estas pinturas del Juicio Final le ponían muy triste, porque le recordaban que ya no tendrían sentido su condado ni las ampliaciones de éste, ni sus embajadas ni conocimientos de lenguas y elefantes o mujeres de los harenes; todo ya estaría caído, y esto le ponía muy melancólico y ya tomaba demasiadas medicinas para esa melancolía como para querer que ésta aumentase.

El quinto invitado era Don Rubén, el juez que había absuelto en todos estos casos que se habían citado, y otros muchos. Don Rubén de Ausejo era juez del Juzgado de Osma. Desde niño, su cara parecía verdaderamente una manzana colorada o vergonzosa, o una sandía pequeña, cándida y sonriente; pero su pelo era como si le hubieran puesto el casquete de una media naranja, con lo que, cuando se vestía de juez, llevaba la toga con unos cordones de color azul añilado para que hiciera más armónico el conjunto. Luego fue magistrado en la Andalucía, aunque poco tiempo porque no le sentaban bien aquellos aires y climas y echaba de menos el frío del Moncayo, de cuando estuvo en Ágreda; pero fue célebre muy pronto en el mundo entero por sus teorías acerca del delito, que consideraba la manifestación de una pura ignorancia, y ordenaba castigos de estudios puntuales de hasta veinte y treinta años, lo que trajo consigo el efecto colateral de infectar hasta el aire de doctores y licenciados y de gramáticos y poetas o cuentistas que hicieron la vida imposible a todo el mundo en las tierras en las que él ejerció su profesión.

Petrus Exiguus Oxoniensis le tachó precisamente por esa su falta de realismo, ya que un país puede sostener muy bien dos mil príncipes, pero no una nube incontable de gramáticos. Y le reprochó, asimismo, que acabando, además, con la delincuencia como estaba acabando con la amenaza de la pena de tener que emprender carreras, grados, y oposiciones tan largos, dejaría en absoluto parados a los tribunales de justicia, que en una sociedad siempre son más necesarios siquiera por lo vistosos que resultan. Y Don Absalón aceptó la tacha o repudio hechos por el Exiguus, por encontrarla razonable, razonada e irrebatible.

El sexto eventual consultor era el cura de Tajahuerce, que era feminista y ecologista desde que había ido a estudiar a París, aunque había regresado pronto a Osma sin tomar los grados, porque había dejado comenzada una partida de naipes en la que se jugaba su honor y una amiga que dijo que tenía.

Como vivía en una aldea en la que eran muy fuertes los cierzos, y se producían muchos catarros, y los fieles, y sobre todo las mujeres jóvenes, no dejaban de toser en la iglesia, había dado licencia en un invierno de mucho frio a sus feligreses para tener más de una mujer hasta que llegase la primavera, y él tenía tres: una judía, una cristiana y una mora, para quedar bien con las tres castas del pueblo, aunque una vez se le había escapado que el amor más caluroso era el de la mora, y la cosa no sentó nada bien a las otras mujeres, que le abandonaron, y anduvieron mohínas un cierto tiempo. Pero siempre tenía consultas mujeriles a propósito de las manchas producidas en el rostro por el sol y sobre todo de las pecas, que él trataba y extirpaba con sangre de liebre, según dice Dioscórides en su Libro Segundo, cuanto trata de la sangre de los animales y sus indicaciones curativas; aunque el cura de Tajahuerce iba más allá de Dioscórides, y había averiguado también recetas para, en vez de extirpar pecas o lunares, trasladarlos de lugar en el cuerpo, y por esta causa especialmente nunca le faltaron consultas de mujeres hermosas y enamoradoras.

El Juglar de Gormaz hizo la observación de que era imposible entonces decir ni dibujar una sola línea del boceto del cura de Tajahuerce separado de sus mujeres, aunque ellas, desde luego, no iban a tomar parte en las deliberaciones sobre el Juicio Final, porque hasta ahí no podía llegarse, porque sería cosa de nunca acabar, si las mujeres tuvieran que dar sus pareceres.

El cura llevaba ya más de tres años enfrentándose a los cánones y leyes que le citaban los enviados del obispo que le prescribían que abandonase toda dedicación y práctica relacionada con la bioestética femenina, y que arreglase su situación canónica; y a todo ello había respondido que él ya tenía hechos sus pliegos de descargo por mano de sus abogados, y que ya vería todo el mundo cómo ganaba su causa si se llegara a acusarle de algo no canónico en el Juicio Final. Aunque éste tardaría lo suyo y había que tener un poco de paciencia, porque, al multiplicarse tanto la gente, ya sería necesario no sólo buscar una explanada mucho mayor que la prevista en el Valle de Josafat, sino, además, una buena instalación de luz y sonido.

Era hombre como de cuarenta y cinco años más o menos. Se llamaba Don Eutimidoro, y no era que fuese párroco de Tajahuerce, sino que éste era su pueblo, y lo más seguro era que tampoco fuera cura, sino que había estudiado algunos cánones sueltos en Salamanca, París y Osma, y era clérigo goliárdico, primerizo y malencaminado, y con el canonista de su pueblo, que era arriero, tenía puesta escuela de estas materias, todos los miércoles y jueves del año. Podía dar mucho de sí, si contara las muchas cosas que sabía, por haber corrido mucho

mundo, y podrían pintarse.

El número siete era el «tonto de Jadraque» que sabía más geografía e historias antiguas y modernas que Estrabonio y Heródoto juntos, y por eso mismo le llamaban «el tonto», porque ésta era una palabra que quería decir, en esta tierra, que era lo más excelso, y equivalía a llamarle sabio en todas las cosas y en especial en esos asuntos de los acontecimientos y los territorios. Se llamaba Audiencio, y le preguntaban, por caso:

—«Audiencio, ¿qué día de la semana fue el 21 de abril del año 1000? ¿Y el 2 de junio de 3008? —y lo decía—.

Y también le preguntaban:

—¿Y cuándo será el Juicio Final?

—Un final de verano, cuando el tiempo comienza a ponerse fresquito —comentaba.

—Pero ¿cuándo?

—No tardando —contestaba al fin—. En cuanto acaben los preparativos, y ya faltan pocos.

Las gentes echaban sus palabras a chiste, pero él lo decía muy seriamente, y Mosén Absalón afirmaba intrigado:

—Ese hombre sabe algo. Estos tontos tienen sus profundidades, que nosotros no alcanzamos.

Tenía una mano malformada, con los dedos unidos como los de los patos, y una adivinadora de Sigüenza le predijo que eso sería su salvación, porque podría nadar, si se caía a una noria o en la laguna Estigia. Y, cuando Audiencio preguntó qué era la laguna Estigia, la adivinadora le dijo:

—No quieras saberlo, Audiencio.

Pero la consoladora de Medinaceli, Aurelia Agripina, le aclaró:

—No te preocupes, que es de tranquila como una charca de tu pueblo.

Y así quedó la cosa.

El Juglar de Gormaz aseguró que este Audiencio era muy amigo suyo, y finalmente pidió excusas por no poder dar noticias especiales ni

tener tiempo de hacer un boceto algo detallado de Don Hernando Cronista, de Mosén Absalón, de Juan de las Salinas, y del pintor Teón de Alejandría, teniendo en cuenta que a él se le había preguntado solamente por determinadas personas, y de esto sí que podía dar cuenta porque siempre se había pasado la vida corriendo las siete partidas de Soria y Guadalajara. Y que tiempo habría más adelante para arreglar los viejos bocetos que ya tenía hechos de alguno de aquellos desde que les conocía.

El exámen de la Comisión

Petrus Exiguus Oxoniensis y Mancio Tartaja llegaron acompañados de sus correspondientes psiquiatras, al igual que Don Rubicundus se trajo varios peritos en leyes, y Don Eutimidoro, el cura de Tajahuerce llegó acompañado de varios moralistas. Pero Mosén Absalón les dijo que ningún experto ni perito abrirá la boca en el Último Juicio, y, por tanto, tampoco aquí; y seguramente todos ellos con los que los habían traído serían pintados entre los condenados. Aunque todo esto se discutiría con el pintor para formar el proyecto, y enseguida comenzarían los exámenes.

—¿Y quién nos va a examinar? —preguntaron ellos.

—Naturalmente, el convocador que soy yo, Don Absalón Martínes San Climent, párroco y mayoral de la iglesia que se va a pintar, Juan de las Salinas, que paga buena parte de todo este negocio, y Doña Beatriz Paleóloga, que es la pura hermosura y «sofía» o sabiduría encarnada.

—Pues es una cacicada —protestó Don Rubicundo, el magistrado alternativo y lleno de comprensión—. Porque nosotros no decidimos ni pintamos nada.

—Naturalmente que es una cacicada. Como tiene que ser. ¿Qué esperaba Su Señoría que fuera? No se va a andar preguntando a medio mundo. El Juglar de Gormaz ya ha hecho un retrato de cada quien y cada cual, y ese boceto, bajo mejor y superior entender del pintor Teón de Alejandría, se convertirá luego en la pintura final del Juicio.

—A mí, con tal de que me saquen bien redondita de carnes y bien guapita de rostro me es igual —dijo una de las mujeres de Don Eutimidoro, el de Tajahuerce.

Y entonces Don Absalón iba a proferir alguna sentencia terrible,

cuando el propio Don Eutimidoro salió a defensa de su querida Helena, más hermosa que la de Troya, que había abandonado a su marido y se había venido a vivir con él, y un día sí y una noche también su casa de Tajahuerce era atacada, o se acercaban continuamente delincuentes disfrazados de mendigos pidiendo limosna y la caridad de un rebojo de pan y que se les permitiese sentarse dentro y sin que disimularan siquiera la intenciones del caballo de Troya. Y un día hasta se valieron de un enviado del arzobispo Don Jerónimo, que venía a controlar el asunto de las mujeres de los clérigos, pero él, Don Eutimidoro, el canonista y goliardo de Tajahuerce, le había dicho a ese enviado a la misma puerta de su casa que él tenía tres mujeres que se habían venido voluntariamente a vivir con él, y todo esto según los antiguos principios del Derecho Justinianeo, sin que los cánones generales y las leyes de ahora del arzobispo pudieran tener poder de ninguna clase ni fuerza retroactiva porque, además, él sólo había sido, y era solamente, cuarto y mitad de clérigo.

—Lo que yo iba a decir —afirmó rotundamente Don Absalón — era que aquí nadie habla sin que yo le pregunte, o le hagan preguntas secundarias Doña Beatriz Paleóloga, Juan de las Salinas o el pintor. O, si ella lo quisiera verdaderamente, Aurelia Agripina, las temporadas que no está silenciosa.

Pero que el que no iba a hablar más que lo que le preguntaran era un zascandil y correcaminos como el de Tajahuerce, a quien ya ajustaría él unas cuentas atrasadas que entre los dos tenían, mucho antes del Juicio Universal y de que se acabase la pintura de éste. Pero que también sabía sus cosas este Don Eutimidoro, de tanto que había corrido por el mundo, viendo y haciendo trapisondas, y podía ser interesante que las contase, para documentación de todos y, particularmente, del pintor.

Los tiempos de antes

Y lo que también era importante era que Don Hernando el Cronista llevase, a la presencia de todos, las escrituras y dibujos e impresiones que habían sido tomadas de la vieja iglesia y las viejas escuelas destruidas por los bárbaros en sus campañas de guerra contra las que llamaban «antiguallas», que quería decir todo lo que era hermoso y toda clase de aprendizaje, excepto el del manejo de armas de fuego y de los discursos del Jefe de ellos.

Por esto se sabía, por ejemplo, que había pintado un Juicio Final en la iglesia, y grandes mapas de todos los territorios del mundo, en su sacristía; y éstos los había salvado el tonto de Jadraque, que dijo a los bárbaros que habían comenzado a destruirlos que aquellos cuadros o telas pintadas eran muy buenos para envolver en ellos longanizas y con ellas les invitarían a una merienda. De manera que no es que fuera una determinación arbitraria de Mosén Absalón lo del encargo a Teón de Alejandría de que pintara un Juicio Final, ni que esto fuera un capricho de Juan de las Salinas, sino que éstas habían sido pinturas antiguas de la iglesia, que se habían destruido. Aunque también se sabía por tradición de los antiguos que había estado pintado algo relativo al Jardín del Edén, porque todavía se recordaba que, mientras Adán y Eva eran expulsados del Paraíso, en una tira blanca que salía de la boca de Eva estaba escrito: «Todo hubiera salido bien si Adán no hubiera intervenido para nada en mi diálogo con la Serpiente»; de donde unos deducían que el pintor o pintora debía de haber sido feminista, pero otros intérpretes deducían con mayor razón que era la pura realidad, porque Adán se entrometió en lo que era una pura conversación de curiosidades y novedades, ofertas de menaje de casa, o revista del corazón entre Eva y la Serpiente, que era la sabihonda. Pero era discutible lo que se leía luego en la otra leyenda que salía de la boca de Adán, porque estaba muy borrosa la inscripción, y no se acertaba a leer nada.

El Juicio Final, sin embargo, aunque muy despintado, se adivinaba perfectamente, sobre todo la parte de los condenados entre los que había mucha gente conocida y reconocible todavía por tradición de los viejos del lugar.

Los bárbaros habían tratado de enjalbegar todo aquello, pero la cal no pegaba, y luego se pusieron también a fregotearlo, pero tampoco se despintaba del todo, y lo único que consiguieron fue lanzar unos cuantos flechazos o tiros de espingarda a aquellos ojos tan hermosos de las mujeres y doncellas condenadas, y reventarlos. De manera que no se podía tolerar ver cada día que aquellos ojos y rostros tan preciosos fueran así maltratados, y Mosén Absalón entonces cubrió él solito con unas sábanas bien enyesadas aquellas figuras, y luego más tarde fue cuando le convenció, a Juan de las Salinas, de que un jefe de alarifes o albañiles de altos vuelos, y que había ganado mucho dinero enseñando a hacer adobes de cinco veranos de sol y cinco inviernos de lluvia como los de Mesopotamia, y que ahora se dedicaba a la filosofía y a la arquitectura de lo menudo, le había aconsejado que había que buscar un pintor oriental, como el que había pintado la Palmera del Paraíso cerca de Rello, para adecentar aquello con tal arte, que hubiese peregrinaciones de toda la Europa.

—Teón de Alejandría puede pintar esto, porque en esta tierra ya ha pintado hasta ibis y dromedarios y galgos corredores que, a mi parecer, no son cosas católicas ni de iglesia, y menos de Juicio Final, aunque lo diga tan tranquilamente el señor Arcediano Don Absalón —dijo el alarife.

Y ¿cómo era que se había enterado este albañil, chapucero e ignaro, de que él, decía una cosa así?, preguntaba Mosén Absalón. De manera que, para aclarar las cosas y acompañado por Juan de las Salinas, se fue a visitar a un amigo suyo que estaba de inquisidor en Aranda de Duero, porque el mundo andaba muy alborotado de herejías y cosas parecidas y no quería tener ninguna clase de disgustos, porque los disgustos traen consecuencias y efectos imprevisibles, y ya lo había experimentado por sí mismo, ya que había estado una vez, siendo joven, en una de las cárceles de la Casa, precisamente allí en Aranda de Duero, que fue donde hizo amistad con quien iba a visitar ahora. Y la verdad era que aquella cárcel tenía un buen balcón con tiestos, y unas vecinas de enfrente muy agradables con las que se podía hablar muy gustosamente, y hasta hacer manitas; cuanto más probar las flores de sartén que hacían.

—Pero a mí me descoyuntaron un hueso en Valladolid, y también me pusieron el lienzo en la boca y me echaron seis o siete jarras de agua

hasta que, viendo que me asfixiaba, porque quien me estaba interrogando era tartamudo y no acertaba ni siquiera a llegar a la mitad de la pregunta, porque se quedaba en lo de «y dididi-diga, y vuelta a dididi-diga», y luego en lo de «si-rre, si-rre, si recuerda», y, como no pasaba de ahí, me dejaron; pero nunca tuve yo balcones, ni tiestos, ni encantadoras vecinas —argumentó Juan de las Salinas.

Don Absalón contestó que siempre hay abusos y efectos colaterales indeseados y circunstanciales, y que a alguien tenían que tocarle, pero que ya serían menos jarras de agua las que se había tragado, riéndose como debía de estarse riendo del inquisidor tartamudo aunque sólo fuera por lo bajo, y no mucho descoyuntamiento le habrían hecho, cuando todo el mundo le veía tan entero. Y ¿acaso había dejado de encontrar Juan de las Salinas allí, en aquella Casa de la Inquisición, a su esposa, en la mujer que llevaba las cuentas de la cocina?; ¿y no había arreglado ella todas las genealogías para convertirle de como se llamase, Juan de Esperaindeo o don Jaco o lo que fuera, en Juan de las Salinas?

—He aquí otro efecto colateral —dijo Mosén Absalón.

—¿Acaso vuestro abuelo no se llamaba Yeremiahu, y no era «de los del Peso» en Medinaceli, y todo lo arregló con el beneplácito o la vista gorda de la Casa? —contestó un tanto amoscado Juan de las Salinas.

Pero el señor inquisidor amigo de Don Absalón les dijo que no anduviesen dando vueltas a cosas que eran vanas figuraciones, pero que, si por desgracia tuvieran que ingresar en aquella casa, no lo pasarían tan mal ni mucho menos porque la habían acomodado muy bien, y el horario de cárcel tanto en verano como en invierno era muy apañadito; y ya no estaba el inquisidor Valladares, que no es que fuera tartamudo como había pensado Juan de las Salinas, sino un poco redicho y pausado en el habla porque tenía algunas dificultades fonéticas, y le habían trasladado a su tierra donde, cuando hablaba, se encontraba más suelto. Así que volvieron tan tranquilos de la visita al inquisidor de Aranda, aunque pasado un poco de tiempo comenzaron a lanzarse de nuevo sus parentelas el uno al otro algunos días y, a Don Absalón, parecía como que le hervía ahora más la sangre, pensando en lo que Juan de las Salinas había dicho acerca de su abuelo Yeremiahu y de sus balanzas y escrúpulos, con los que pesaba hasta un grano de anís o de mostaza. Y parecía también que Don Absalón iba a darle una contestación como en tromba o estallido, porque le salía como fuego por los ojos, pero no le dio tiempo a contestar porque, cuando ya iba a hacerlo, entró allí, en la estancia donde ellos estaban removiéndose y en silencio, Don Hernando el Cronista, que venía con un burro

cargado con dos bujetas grandecitas de papeles, y entonces dijo:

—Ninguna de Vuestras Mercedes se va a casar con el otro, por lo que no hay por qué andar deslindando laberintos de familias, y sacando vidas y muertes como si fuesen bacalaos o chorizos para que el aire los cure.

Y entonces ellos se rieron, y luego, a seguido, también Audiencio, el tonto de Jadraque, mandó a dos mozos que trajeran los mapas y las esferas y astrolabios que tenía guardados, porque ¿qué Juicio Universal se podría pintar, si no se sabían las situaciones astronómicas del cielo y los accidentes de mares, montañas, ríos y océanos en la tierra, y si no se verificaban las informaciones de Don Zacut?

—No necesito yo tantas faramallas —dijo Teón de Alejandría, el pintor -. Pero a lo mejor hay que trazar algún mapa celeste, marítimo o terrestre, y los azules y los verdes de esos mapas van siempre muy bien en estos casos.

Y todo había que volverlo a levantar, porque los bárbaros habían dejado aquellos reinos devastados, y así no solamente ya nadie había visto ni siquiera pintados una palmera, un dromedario o un ángel, sino que ni tenía idea de lo que eran la bondad y la justicia, ni una cosa hermosa o alegre. De manera que se puso un edicto, diciendo que el que supiera algo de estas cosas o siquiera de lo que había sido el dulzor de una umbría y de lo que era compasión lo comunicase al pintor Teón de Alejandría o a Don Hernando el Cronista, o a Audiencio, el tonto de Jadraque, que se encargaban de recoger estas informaciones y de pasarlas luego al pintor.

Y tanto interés se tomó todo el mundo en el asunto que, para Adviento de aquel año, ya había noticias y más noticias de cómo habían sido las cosas antes de la entrada de los bárbaros y de la desolación que dejaron, y, para la primavera, ya se las tenía todas bien aprendidas y rumiadas Teón el pintor; y de tal manera que comenzó a hacer la lista de las cosas necesarias para iniciar inmediatamente la tarea, desde las diversas clases de pinturas hasta los distintos andamios y poleas, y luego había que buscar dominguillos para ir a los recados y otros auxiliares para alcanzar cosas, y entregarlas al pintor, con la rapidez necesaria.

De los primeros albaranes presentados

Lo primero que había que comprar era cal y pintura blanca, pintura roja, pintura azul, pintura verde, pintura morada, pintura de plata, y panes de oro; y se despacharon los correspondientes albaranes, así como los que justificaban la compra de andamios y los sueldos de los mandados o dominguillos del pintor.

La cuarta parte de la cantidad de estos gastos —quitando los panes de oro y la plata que los donaba Doña Beatriz Paleóloga— fue abonada por Juan de las Salinas, y la mitad de ellos por la fábrica de la iglesia que entregó Mosén Absalón. La última cuarta parte la pagaría Micer Ludovico, de los del Peso de Osma, y se haría efectiva al finalizar las obras, abonándose por semanas la posada de la «Junta del Juicio Universal» como se terminó llamando a la Comisión, y naturalmente la posada del pintor. Y así se pasó enseguida al examen de los dibujos presentados por éste, y a discutir la elección de personajes que servirían de modelos.

La idea que expresaba el pintor y que había recibido de Don Absalón, que fue quien le convenció de ella, y con el acuerdo de Juan de las Salinas y de Doña Beatriz Paleóloga, y Petrus Exiguus Oxoniensis presente, fue que definitivamente la pintura no debía versar sobre el Juicio Universal en sí, sino sobre los efectos colaterales de éste, o como quien decía sobre el panorama del día siguiente de celebrado aquél.

Mosén Absalón opinaba que, una vez acabado el Juicio, se acababa todo, porque se acababa el mundo y hasta el sol y la luna serían descolgados del cielo, porque ya resultarían dos lámparas inservibles porque ya no tenían nada que alumbrar; pero Doña Beatriz argumentó que, aunque tal era el fin del mundo, que concluiría con ese Juicio efectivamente, ella creía que no tendría ningún sentido un juicio que no podía comentarse luego en las escuelas y en los salones y solanas,

particularmente en temas tan importantes como los que se descubrirían con aquel libro grande en el que estaba escrita la historia de la humanidad entera, y puestas a la luz todas las cosas ocultas, y resueltos todos los enigmas más oscuros, tales como por los que siempre se había venido preguntando todo el mundo.

—Y se sabrá también el pintor de cada pintura —añadió Teón de Alejandría—, porque pinturas que yo he hecho se las apropiaron otros pintores incapaces de ejecutarlas. Porque, de ordinario, es de lo que viven los listos en todos los tiempos y lugares.

Y todos los demás dijeron a coro:

—Lógico de toda lógica, según la filosofía natural. Amén, así sea, y así será.

—Pero no le veo yo la lógica a que un indocto hortelano me copie a mí mi teoría sobre la mala cochura del barro del que estamos hechos. Mala hierba son estos plagios —comentó Don Absalón—, pero los efectos colaterales del Juicio Final se los llevarán por delante.

De manera que los demás ya no discutieron la cuestión, pero se les notaba hasta en la cara que no estaban muy convencidos, y entonces Don Absalón rezongó:

—«Argumentum auctoritatis nihil valet», o como quien dice que el argumento de autoridad no vale, según nos enseñaron en las escuelas de los Parises y las Bolonias, pero yo soy como el poste romano de Matalebreras y, si digo una cosa y la aseguro, es que es tal y como la digo y la aseguro. ¿Estamos?

¡Estamos! —contestaron todos o, por lo menos los que tenían la voz más fuerte.

De la pintura alejandrina y sus efectos

Don Hernando, el Cronista, también era partidario de pensar que ese Juicio Último no debía ser lo último, y así dijeron también los demás miembros de la Junta, y dejaron en este asunto a solas el voto de Mosén Absalón; y entonces el pintor, mostrando sus bocetos, tomó la palabra y los explicó todo el asunto de nuevo, justificando además los gastos de lo que ya se había comprado. Y también de la monda y limpieza del antiguo pozo que había en el atrio, donde se repintarían las antiguas pinturas con las escenas del cántaro de la Samaritana, de Ruth con una brazada de espigas, y de Santa Águeda, Santa Agnes y Santa Catalina la Filósofa que tenía una rueda con pinchos en la mano con la que la dieron el martirio; pero Teón de Alejandría dijo que había que pintarla con más libros, y leyéndoselos a los filósofos para que aprendieran, mientras se tostaban un poco en el Infierno.

—¡Bien! Pero con una filósofa ya vale, Don Teón; no hace falta pintar más filósofos ni aquí ni en el Infierno. Ya somos muchos, y nos conocemos el paño. Ni tostados darían su brazo a torcer por mucho que se les leyese y explicase una cuestión —argumentó Don Absalón.

—Muchísimos más filósofos hay en mi tierra y no perjudican a nadie —contestó Teón de Alejandría.

—Eso me gustaría a mí verlo, pero tengamos la fiesta en paz. Por un filósofo más o menos no vamos a discutir, Don Teón. Mientras se queden allá, en las Alejandrías y nosotros nos estemos por aquí con nuestras cabezas tranquilas, bien está —concluyó Don Absalón, haciendo gestos de conciliación—. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—Y todos se rieron, y al Consejo y a la Comisión, y luego a todo el mundo, aunque de momento se habían quedado un poco extrañados y dubitativos, les pareció bien lo que se había decidido, y así se hizo el

boceto definitivo de estos repintamientos; y más despacio, luego, el de la pintura de la bóveda y del ábside con el Juicio Universal.

En lo alto de este boceto se veía precisamente a un ángel descolgando el sol y la luna, y a otro envolviendo la tela azul del cielo con sus estrellas, y a otro descolgando y envolviendo también el decorado de las selvas y los prados, y el papel de plata de los ríos, los mares y los océanos. Pero luego era necesario en las escenas de más abajo seguir pintando casas y árboles, y animales y seres humanos, y comentando los efectos colaterales de aquel Juicio y sus consecuencias.

Y lo primero en la escena siguiente de más abajo en la pared frontal de la iglesia era la figura de un payaso haciendo cuchufletas a la muerte, que era como un esqueleto pero de cuyos huesos salían vástagos y hojas por todas partes, y la calavera era una cabeza muy hermosa y redondita y con grandes mofletes, porque la muerte ya no podía hacer sus faenas desastrosas y, si quería subsistir, tenía que convertirse en vida. Y el payaso decía esto en un letrero que salía de su boca e iba a parar a las orejas de una liebre levantada sobre sus patas traseras, que estaba leyendo un libro y parecía reírse.

Luego, más abajo, venía una danza de la vida en la que no se veían reyes con coronas, papas con tiara, caballeros con espadas y damas con perfumes junto a segadores y pobres de pedir, como en las antiguas danzas de la muerte, sino que era una danza en que todos se reían mucho de las tonterías que habían hecho mientras vivían y lo seriamente que se habían tomado haber sido esto o lo otro. Y luego en otro corro estaban los que comentaban las cosas ocultas que habían hecho. Algo que parecía que hacía dudar a algunos de los miembros de la Junta si debía ser pintado o no, porque había cosas de mucha vergüenza; pero el Juglar de Gormaz dijo que él ya sabía muchas de esas cosas, y las demás se las suponía, y acertaba; y enseguida, en la otra banda pintada más abajo, que dijo el pintor que se llamaba «la socialización del conocimiento», se veían papeles y se oían voces y veían escenas en que todo lo ocurrido era publicado, y allí era cosa digna de ver, y algunas veces de mucha risa, y se daban noticias de ello día y noche.

Y al final de todo estaba un pequeño grupo de gente, que parecían gorrioncillos ateridos un día de viento helado, y eran los historiadores y llevadores o anunciadores de noticias que habían escrito y dicho la verdad, y los padres y autores verdaderos de los libros, cuyo nombre sonaba por primera vez en los oídos y eran vistos también por primera vez a los ojos de la humanidad.

—Lo difícil ahora -dijo el Maestro Teón, el pintor alejandrino —es poner cara a esos cuatro gatos que ha sido verdaderos, y dicho y escrito la verdad. ¿Conocen ustedes a alguien que se les parezca?

—Pues puede poner mi cara misma —dijo el canonista de Tajahuerce —, además de las del señor Juan de las Salinas y familia y las de los aquí presentes.

Pero éstos se rieron, mirándose cada uno de ellos por dentro y revolviendo en el cofre de lo que llevaban oculto de sus vidas, y finalmente le preguntaron cómo podía tener un rostro, más consistente que el bronce, para decir estas cosas, teniendo a la vez como tenía el laberinto de tres mujeres y muchas más, que no había quien lo desliase.

— ¡Pues, por lo menos, quien lo intente desliar se lo pasará muy divertido, viendo las artes y las argucias y sacos enteros de maestrías y mentiras de este mundo! —dijo finalmente el canonista de Tajahuerce — ¿Es que el Juicio Final no será también para consolar a los tristes y para divertirse todo el mundo?

Y todos los señores de la Junta del Juicio Universal quedaron muy impresionados, y, dando vueltas al asunto estuvieron de acuerdo en que, pensándolo bien y habiendo tan pocas alegrías verdaderas en el mundo, si la pintura del Juicio conseguía otorgársela a quien la mirase, esto sería al mayor efecto colateral de aquél. Y el Juglar de Gormaz añadió que, por algo y no en vano, había escuchado él un evangelio en una misa que hablaba del Juicio Último como de una boda para la que se mandaban invitaciones.

—Entonces —comentó el pintor de Alejandría— no sé si nos van a llegar los dineros que tenemos para comprar azules, panes de oro, y la plata de una trompeta que debe ir de arriba abajo del muro pintado, y tenía que sonar, porque él no pintaba pájaro que no cantara ni esquila, arpa o trompeta que no sonara; porque él era un pintor realista.

Pero ya se vería cómo resultaría todo, y, si salía esplendoroso, todo se pagaría. Y, como ya había advertido Doña Beatriz Paleóloga, se celebraría la inauguración del fresco con una cena al estilo alejandrino en el jardín del Palacio que tenía Doña Beatriz en Peñaranda del Río Duero, y que en adelante se llamaría «El jardín del Juicio», como un efecto o consecuencia colateral de la pintura, al igual que lo sería la cena en cuestión, que se llamaría «La cena alejandrina», de la que se hablaría durante años y siglos, si era que los había después de los últimos efectos colaterales del Último Juicio, porque, entre otras

cosas, todo el servicio era de plata y se tiraría al río Duero, y los pobres serían obsequiados también con una cena personal aderezada a sus gustos, que no son tan fáciles de complacer como parecería, y su servicio que igualmente sería de plata podrían llevárselo como recuerdo del Día del Juicio; aunque muchos de esos pobres era seguro que preferirían llevarse solamente las cosas de comer, porque, de tanta necesidad y deseo que tenían de ellas, no creían que fueran verdad, sino sueño vaporoso, cuando las tenían delante. Y porque les parecería que no iban a poder con el peso de la plata, o hasta tendrían miedo de que algún forastero poderoso, que no se había enterado de lo que estaba ocurriendo, trataría de quitársela. Y éste era también el mismo miedo de los arrieros a los que, en agradecimiento de sus servicios de tantos acarreos, también se les regalarían algunos arreos de piel rusa, blanca y roja con tachones y cadenillas de plata como los de de las caballerías de la Casa de la Paleóloga, para sus recuas. Pero, a la mañana siguiente, hasta las aves cantarían como con un clarín de plata, incluso las más pequeñas, porque

«chica es la calandria y chico el ruiseñor,

pero más dulce canta que otra ave mayor»,

como dijo Aurelia Agripina, con unos versos que no se sabe si serían suyos, porque ella los había escrito, o porque los había amado mucho, repitiéndolos en las amanecidas de la primavera y el verano. Y también porque ella era como una alondra pequeñita y vivaracha, que hasta podría volar, y sentarse en el tejado, en la solana, o en una fuente fría, la mañana que quisiera.

Durante muchos años

Así lo previeron y así sucedió; y así lo vieron muchas gentes de estas tierras de Soria y Guadalajara. Las mismas cigüeñas que anidaban en la torre, y se habían asomado al interior de la iglesia, se acostaban y levantaban con cuidado, y daban muy cuidadosas zancadas para no molestar tanta hermosura y tantos efectos colaterales, que se habían dado con aquella pintura alejandrina.

Teón se quedó a vivir en Berlanga, y estaba haciendo allí una plaza con los muros de los edificios, y también el suelo de aquélla así como las columnas y sotechados de los soportales, de mármol blanco, para que en las noches de luna las gentes de los oficios pudiesen trabajar, y también tomar el fresco sentados a una luz segura y clara, y leer los libros de letra gruesa o de misericordia, como en la antigua Alejandría. Y los enamorados podrían verse los rostros después del toque de campana por la noche, en cuya oscuridad siempre había habido muchas suplantaciones por el imperio de las tinieblas.

Y lo que sucedía era que quien había visto las pinturas de Teón de Alejandría ya era feliz, lo que se ha testificado, una y otra vez, ante muchos escribanos y notarios, y así mismo las largas colas de gente para contemplar las pinturas y sentirse a gusto en la vida y en la muerte. Y, *«yo las vi, si Dios me vala»,* decían todos, llenos de la alegría de verlas.

Y a todos tenía que valer y valía, y a muchos daba especialmente que hablar porque, a lo último, Teón de Alejandría comenzó a decir, a quien quería oírle, que el Juicio estaba incompleto, aunque la inauguración hubiera sido tan rumbosa; y, cuando las gentes estaban todas tan felices con los efectos colaterales del Juicio Final, y se decían unas a otras que todo había estado muy bien y había resultado todo muy bonito, salió el pintor con el registro de que, en cuanto pasase el calor, pintaría lo que faltaba que pintar y debía haber en

todo Juicio Final que mereciera tal nombre, y eran las escenas del Infierno para las que ya tenía hechos los bocetos de los allí condenados, aunque no podía decir quiénes eran, pero sí podía decir que iba a haber muchas sorpresas, y que, después de tantas alegrías y alborotos de satisfacción por lo del Juicio Final como si fuera una rifa, algunos se iban a acordar.

—Siempre sospeché que aquella historia del abandono de la mujer de Teón, que se escapó con unos demonios cojos; y tanto dar vueltas al asunto y tantas consultas y discusiones bizantinas allá en Alejandría, le habían dejado un poso de amargor y, a última hora le había nacido la mala intención de vengarse con algunos, y quién sabría lo que podría pintar este hombre —dijo Juan de las Salinas.

—¡Pues no va a pintar nada! De esto podemos estar seguros —repuso Don Absalón.

Y comenzó a explicar luego que eso que el Maestro Teón andaba diciendo por ahí de que iba a pintar un Infierno eran puras baladronadas y ganas de enredar que tenían los alejandrinos, y eran como las indigestiones de tripas de por aquí, sólo que en más fino, pero no tenían mayor importancia, ¿Acaso, cuando se acabó de pintar todo y se hizo la fiesta, no le había dicho él, Don Absalón, a él mismo, Juan de las Salinas, y a Aurelia Agripina, que había que buscar otro pintor para que pintase el Infierno? De manera que el alejandrino lo habría oído cuando ellos hablaron de ello y luego lo había repetido a lo mejor para que no se buscase a otro pintor que no fuera él, el Maestro Teón. Pero, si había alguna cosa clara, ésa era que un alejandrino, por muy artista que fuera, no sería capaz de pintar un Infierno verdadero y temeroso, tal y como debía ser.

—Porque le he leído yo no hace tanto, a este Maestro Teón, unos versos del Dante sobre el Infierno que me han mandado de Roma, y se me mareó, y creí que se me quedaba en el trance —dijo Don Absalón —. Éste alejandrino no es capaz de comerse un buen torrezno ni de aguantar a pie quieto un «Dies irae» entero. ¡Como para ponerse a pintar algo semejante!

Juan de las Salinas no dijo nada, porque también parecía impresionado con la referencia que había hecho Don Absalón al «Dies irae», que a todo el mundo le hacía mucha mención allá dentro, cuando el sacristán lo cantaba y luego él, Don Absalón, bajaba, a los detalles aplicándolos a cada asunto de la vida y a cada quien y a cada cual, o al temblor del mundo entero. Y, al final, concluyó ahora diciendo:

—Aunque lo del libro abierto y el esqueleto florecido, y todas las otras cosas no están nada mal, lo reconozco. Y yo no digo que el Maestro Teón no sea un genio, pero tiende algo a la poesía alejandrina, me parece a mí.

Y sobre éste y otros sucesos referidos tenían recuerdos y notas varios de los personajes aquí nombrados, y luego se han juntado aquí todos o la mayor parte de ellos que se ha podido. Pero lo que no supo, luego, nadie, muy claramente y a derechas, fue, sin embargo, qué camino de rosas o de espinos tomaron los acontecimientos y cómo se desenvolvieron, porque de súbito comenzó a nevar tan copiosamente que todos los caminos quedaron ocultos durante muchas semanas, por la nieve, y en muchas leguas a la redonda sólo se veía el gallo de una veleta encima de la nieve de la torre más alta de todas las iglesias del contorno, y no señalaba a ninguna parte; y eso que era un gallo grande de latón dorado que parecía una pura llama aun en los días que no hacía sol. Pero ahora estaba completamente desorientado, porque los que se habían difuminado, con tanto trajín del Juicio y sus efectos colaterales, habían sido los cuatro puntos cardinales.

El pobre gallo de la veleta picoteaba y escarbaba por todas partes en el aire y entre las estrellas y los planetas del cielo, pero los puntos cardinales no lucían ni siquiera como una candelilla y el gallo no los encontraba. Y tampoco podía buscarlos diciendo su nombre, porque, de tanto llamarlos en muchos idiomas por el nombre de cada uno de ellos, se le había olvidado su nombre verdadero.

Índice

José Jiménez Lozano, ganador del Premio Cervantes 2002, nos vuelve a cautivar con este ingenioso y divertido relato sobre las peripecias de un pueblo que quiere rehacer las pinturas de la iglesia deterioradas por el tiempo. Para ello Don Absalón, el cura del lugar, instiga a Juan de las Salinas para que vaya a buscar un pintor a las lejanas tierras de Alejandría. Las extrañas situaciones vividas en el viaje, las conversaciones del pintor en Castilla y los efectos que produce la pintura se describen con la certera y original prosa del autor. Una narración llena de inteligente y disparatado humor, y una metáfora tierna del final de los tiempos.

EE
ENCUENTRO
LITERATURA

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-573-1


José Jiménez Lozano
SE LLAMABA
CAROLINA

Se llamaba Carolina

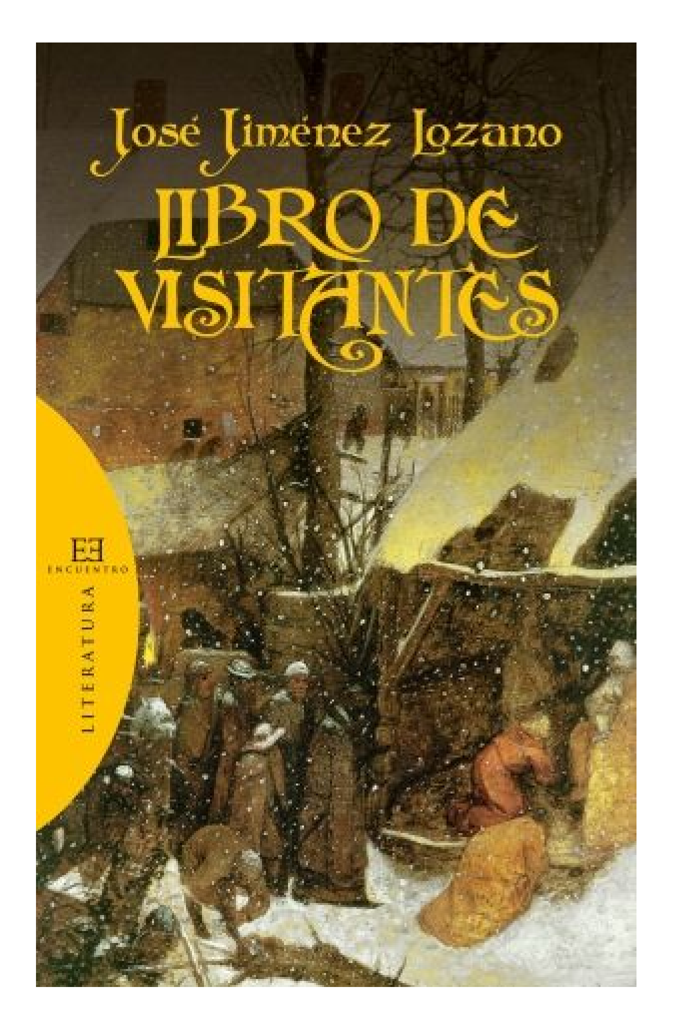
Jiménez Lozano, José

9788490558058
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Esta novela es la evocación de la representación del "Hamlet" shakespeariano por artistas ambulantes y gentes de un pueblo de la meseta en la inmediata postguerra; y la evocación, por parte del narrador, de la figura de una de sus maestras, Carolina Donat, "una señorita maestra que iba a ser actriz y ha hecho de Ofelia en el teatro, y tiene además un Arlequín". Tiempos, vidas y teatro --un teatro que ya muchos piensan condenado por el cine-- se entrecruzan de forma magistral a lo largo de sus páginas. Como señala en el prefacio la profesora Carmen Bobes, "el encanto de Se llamaba Carolina es el que tienen otros textos de su autor, como Ronda de noche o Agua de noria, donde la espontaneidad es la norma, a pesar de que los motivos y la historia puedan ser terribles".

Cómpralo y empieza a leer

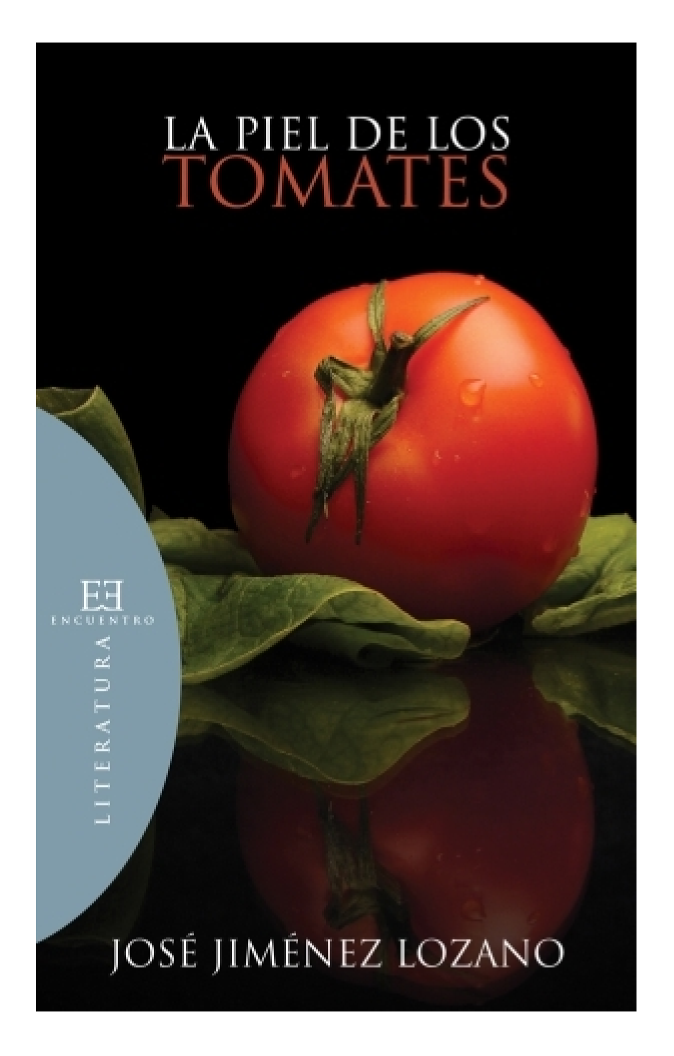

José Jiménez Lozano
LIBRO DE VISITANTES
EE
ENCUENTRO
LITERATURA

Libro de visitantes

Jiménez Lozano, José
9788499205120
96 Páginas

Una azarosa historia rodea este Libro de visitantes. Encontrado el manuscrito original por un viajero inglés a finales del siglo XIX en la biblioteca del Monasterio del Monte Athos, fue copiado, traducido y, avatares del destino, vendido por los herederos del viajero como un legajo de papeles sin importancia, considerándose hoy en día perdido. José Jiménez Lozano vuelve a sacar a la luz estas narraciones sobre los hechos ocurridos en la ciudad de Belén en tiempos del gobierno de Herodes sobre la provincia romana de Palestina. Un librito delicioso y conmovedor, colmado de la sensibilidad característica de José Jiménez Lozano, que nos ensimisma con los días del nacimiento de Jesús.

Cómpralo y empieza a leer


LA PIEL DE LOS
TOMATES
ENCUENTRO
LITERATURA
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

La piel de los tomates

Jiménez Lozano, José
9788499205113
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Estudio preliminar de Guadalupe Arbona. 31 cuentos inéditos del Premio Cervantes de Literatura 2002. En cada uno de ellos "lo eterno se esconde en cualquier pliegue de la narración, por lo que permiten renovar la mirada y sorprender, donde menos lo esperemos y con la forma más desconcertante, el susurro o el estallido de la vida en su misteriosa belleza".

Cómpralo y empieza a leer

José Jiménez Lozano



Retorno de un cruzado

EE
ENCUENTRO
LITERATURA



Retorno de un cruzado

Jiménez Lozano, José

9788490552414
216 Páginas

"---¿Y ese es el Ángel de la Guarda, tío Pedro? Y nos contestó que era algo así, pero que se llamaba el Ángel de la Historia, y un día le había visto él sentado y llorando, tapándose la cara con las manos, y aunque él, tío Pedro, se había acercado para consolarle, el Ángel le dijo que no podía, porque se había roto el eje del mundo y no podía arreglarse. ---¡Con lo bonita que era la esfera aquella que era la tierra entera y se la podía hacer girar con un dedo! ¿Os acordáis? Nosotros dijimos que sí, pero que no habíamos visto nunca un Ángel llorando junto a ella. ---Tampoco habéis visto lo enrojecida de sangre que está esa esfera en algunas partes. Ni Dios quiera que la veáis nunca, y no podáis ver partido el eje del mundo, ni al Ángel desconsolado".

Cómpralo y empieza a leer


JOSÉ
JIMÉNEZ
LOZANO
EL AZUL
SOBRANTE
EE
ENCUENTRO
LITERATURA

El azul sobrante

Jiménez Lozano, José

9788499205397
208 Páginas

El azul sobrante es la nueva colección de cuentos de José Jiménez Lozano, Premio Cervantes de Literatura. "Jiménez Lozano crea aventuras que viajan hasta los territorios de la pasión humana o se detienen en las heridas abiertas por una ternura superior. El abulense nos descubre lo escondido en los pliegues del corazón humano y el secreto cosido en el último resquicio de las entretelas de la historia" (Guadalupe Arbona)

Cómpralo y empieza a leer